

## Trabajo Fin de Máster

# **EL ESPEJO DE LA PROSTITUCIÓN/TRABAJO SEXUAL: LA HETERONORMATIVIDAD Y SUS NORMAS DE GÉNERO**

## ***THE MIRROR OF PROSTITUTION/SEX WORK: THE HETERONORMATIVITY AND THEIR GENDER NORMS***

Autora: Patricia Organero Ruiz

Tutora: Dra. Elvira Burgos Díaz

Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo

Diciembre 2019



## Resumen

En el presente trabajo realizamos una investigación acerca de los roles de género instaurados en la sociedad como consecuencia de una cultura que tiene como primer objetivo sexar los cuerpos de las personas. Con esta doble categorización, de sexo y de género, se instaura en nosotros y nosotras una sexualización de nuestros cuerpos muy determinada: heteronormativa, coitocentrista, falocentrista. Estas normas generan una dicotomía respecto a los roles, claramente forjados y jerarquizados, contemplando la masculinidad como una necesidad y la feminidad como una debilidad. Los roles de género marginan a las mujeres a una posición relegada respecto a la de los hombres en todos los aspectos de la vida social e íntima, es decir, de las esferas pública y privada, articuladas de manera que están íntimamente relacionadas y conectadas, lo que es posible gracias a contratos como el del matrimonio. En consecuencia, las mujeres tienen un papel secundario tanto en la sociedad como en todas las actividades que se dan en el llamado ámbito de la vida privada, lugar donde las mujeres siguen estando al servicio de las necesidades de los hombres. Tras ese análisis mostramos cómo intervienen las normas de género y de sexualidad en la actividad de la prostitución/trabajo sexual, incidiendo en cómo se reflejan aquí los roles de género, la sexualización masculina y la femenina, y argumentando hasta qué punto está relacionada esta actividad con el poder patriarcal que conforma lo público y lo privado.

**Palabras clave:** normas de género y sexualidad, esfera pública y privada, matrimonio, prostitución/trabajo sexual.

## Abstract

In the present work we carry out an investigation about the gender roles established in society as a consequence of a culture that has as its first objective sexing the bodies of people. This double categorization, of sex and gender, establishes a very determined sexualization of our bodies: heteronormative, coitocentrist, phallocentrist. These norms generate a dichotomy regarding the roles, clearly forged and hierarchized, contemplating masculinity as a necessity and femininity as a weakness. Gender roles marginalize women to a relegated position with respect to that of men in all aspects of social and intimate life, that is, of the public and private spheres, articulated so that they are intimately related and connected, which is possible thanks to contracts such as marriage. Consequently, women have a secondary role both in society and in all the activities that take place in the so-called sphere of private life, where women continue to serve the needs of men. After that analysis, we show how gender and sexuality norms intervene in the activity of prostitution / sex work, influencing how gender roles, male and female sexualization are reflected here, and arguing to what extent this activity is related with the patriarchal power that conforms the public and the private.

**Keywords:** gender and sexuality norms, public and private sphere, marriage, prostitution / sex work.



## ÍNDICE

<b>Introducción</b>	<b>7</b>
1. Justificación del trabajo	7
2. Aproximación al objeto de estudio	8
3. Objetivos	9
4. Marco teórico	9
5. Marco metodológico	10
6. Estructura y contenidos generales	10
<b>Capítulo I. La construcción del género y de la sexualidad</b>	<b>13</b>
1. Cómo se han construido y jerarquizado las normas de género	13
2. Cómo se han construido la sexualidad y el deseo en las mujeres y en los hombres	21
<b>Capítulo II. La aparente dicotomía entre lo público y lo privado</b>	<b>31</b>
1. Crítica a la separación de los ámbitos público y privado	31
2. La prostitución o trabajo sexual como efecto	39
<b>Capítulo III. El debate actual sobre la prostitución en España</b>	<b>47</b>
1. Abolicionistas	49
2. Regulacionistas	55
<b>Conclusiones</b>	<b>61</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>63</b>



## Introducción

### Justificación del trabajo

En este apartado intentaré explicar las causas que me han llevado a la elección de este tema y a la realización del presente trabajo.

Lo que me ha llevado a la elaboración de este trabajo son las múltiples preguntas que me planteo desde hace tiempo, como politóloga, como mujer y como feminista. Lo cierto es que desde siempre me ha inquietado el tema de la prostitución, y a medida que han ido pasando los años y he ido conociendo el tema y adquiriendo mayor cantidad de conocimientos desde diferentes áreas académicas, he ido conociendo y abordando el tema desde diferentes perspectivas. Mi trabajo de fin de grado en Ciencias Políticas también trató el tema de la prostitución, pero desde una perspectiva más jurídica, centrándome en el marco legal que había existido en España a lo largo de la historia y centrándome en el vacío legal (alegalidad) que existe actualmente en nuestro país respecto al tema.

Sin embargo, ahora en el máster, después de escuchar a todas las profesoras, y en especial a las que nos han hablado de este tema o de algo relacionado con él, y también a través de información que he ido obteniendo por mi propia cuenta, he podido darle a mi investigación una nueva perspectiva más centrada en el género y en la dualidad de los roles que existe en dicha actividad.

Algo importante que quiero aclarar antes de comenzar es que con este trabajo no pretendo dar una solución para erradicar la prostitución ni tampoco para regularizarla. No pretendo dar respuesta al problema dicotómico que existe entre las diferentes posiciones hoy en día respecto a este tema: abolicionismo – regularización. Y por lo tanto tampoco es mi intención posicionarme ni encontrar una respuesta que refleje la verdad absoluta sobre el pensamiento dualista que existe en torno a este tema.

Este es el motivo por el que he utilizado en este trabajo un doble título: prostitución/ trabajo sexual, porque este no es un trabajo para defender ninguna de las dos posturas, sino que más bien me quiero adentrar en las entrañas de la actividad de la prostitución. Estoy buscando las razones del porqué siempre (o casi siempre) son las mujeres las que ejercen la prostitución, y qué es lo que lleva a los hombres a comprarla.

Me gustaría indagar en la historia de la sexualidad a lo largo del tiempo, en hombres y mujeres, y en ver de qué manera esto ha evolucionado, así como ver qué papel juega aquí el género, la subordinación de las mujeres y la dominación de los hombres, la masculinidad, la feminidad la heteronormatividad impuesta, el coitocentrismo, la construcción del deseo, el matrimonio, el puritanismo, la monogamia y otros aspectos similares que veremos a lo largo del trabajo.

## **Aproximación al objeto de estudio**

La concepción de la actividad de la prostitución en el mundo occidental está vinculada al sexo/género de los sujetos que la han ejercido y la ejercen: femenino. También está vinculada al sexo/género de los sujetos que utilizan los servicios del trabajo sexual: masculino. Debido a esta dicotomía imperante en el mundo de la prostitución/trabajo sexual, donde hombres y mujeres casi siempre ocupan el mismo rol –los hombres demandan el trabajo y las mujeres son las trabajadoras– nos preguntamos a qué son debidos estos patrones que parecen fijos en el tiempo y espacio. Aunque también es cierto que hay tanto hombres que trabajan como mujeres que demandan los servicios de prostitución en el contexto homosexual y lésbico, las cifras son bastante menores.

Podríamos empezar pensando que, quizás, una causa de la desigualdad que sigue imperando en nuestros días, se debe a que, recientemente, las mujeres, aunque sea solo en la letra, parece que se han convertido en sujetos de pleno derecho en igualdad con sus pares masculinos, y digo ‘parece’ porque es más que evidente que esta versión oficial no concuerda con la real, y en el caso de la actividad de la prostitución, todavía menos. Por ello han empezado a surgir nuevos debates que ponen el acento en esta cuestión. Las medidas higienistas, morales, reproductivas, o aquellas concebidas desde la perspectiva de satisfacción del cliente o de socialización del varón son algunas de las cuestiones que pondremos en debate en este trabajo.

El sujeto principal en este trabajo es doble. Por un lado, me quiero centrar en la figura de las mujeres, para saber qué causas son las que las han llevado históricamente y hasta ahora a ejercer la actividad de la prostitución. Pero, por otro lado, también me gustaría poner el foco en los varones y analizar qué es lo que históricamente, hasta la actualidad, los ha llevado a ser consumidores de dicha actividad. Para ello, tendré que analizar varios aspectos: educación, socialización, la cultura, el desarrollo, la sexualización, el deseo, o los roles de género.

Quiero puntualizar que no es mi intención hacer una diferenciación dicotómica del género ni del sexo, ya que no creo que exista tal dicotomía más allá de la construcción social que se ha hecho de ello. Pero me refiero a hombres y mujeres como algo diferenciado constantemente, y es esa construcción la que también quiero analizar e intentar desmontar en la medida de lo posible.

La pregunta de investigación de este trabajo sería entonces: si habitamos en un mundo en el que nos han hecho creer en la igualdad, donde vemos que las mujeres cada vez obtenemos más derechos (en el ámbito laboral, académico, social...) y libertades; y donde constantemente nos bombardean con que ya hemos alcanzado la plena igualdad con nuestros compañeros los varones, ¿por qué en la prostitución todavía sigue habiendo esa división tan clara de roles, donde la mujer es prostituida y el hombre prostituye? ¿Hemos alcanzado entonces la igualdad en el plano de las relaciones sexo-afectivas, o es una tarea pendiente sobre la que debemos reflexionar?



## Objetivos

Con la realización de este trabajo, los objetivos que pretendo alcanzar son los siguientes:

- Objetivo general:

Investigar los motivos por los que en la actividad de la prostitución los roles asignados a las mujeres y a los hombres parecen no haber experimentado cambios importantes a través del tiempo y ello a pesar de la importante crítica realizada por la teoría y la práctica feminista.

- Objetivos específicos:

- Reflexionar sobre si realmente las mujeres hemos llegado a la igualdad real en el ámbito sexoaectivo y si vivimos la sexualidad de igual manera que nuestros compañeros los hombres.

- Estudiar qué papel juegan los roles de género y su relación con la desigualdad actual entre las diferentes categorías (mujeres-hombres)

- Indagar sobre los efectos de la masculinidad en los hombres, incidiendo en hasta qué punto buscan sexo o más bien otro tipo de relación con las prostitutas, como la dominación, el paternalismo, la propiedad, el reconocimiento social en el mundo de los hombres, etc.

- Conocer cuál es y en qué punto se encuentra el debate sobre la prostitución en España. Conocer las diferentes posiciones sobre el tema y escuchar a diferentes voces que hablen sobre el tema. Tanto desde dentro como desde fuera del mundo de la prostitución.

## Marco teórico

El presente trabajo ha sido realizado a través de la revisión de una amplia variedad de obras de ciencia política, sociología y filosofía relacionadas con el tema. Me han sido muy útiles muchas obras diversas a las que aludiré en su momento, pero como base de este trabajo, podría destacar las siguientes: Carole Pateman, *El contrato sexual*, 1995; Kate Millett, 2018, *Política sexual*, y Carole S. Vance, 1989, *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Estos tres títulos podríamos decir que son la base del trabajo ya que son los que nos han permitido acudir a la raíz de las diferencias entre los hombres y las mujeres en el mundo de la sexualidad.

Según las diferentes partes del trabajo, hemos estudiado una serie de obras que hablan sobre la sexualidad femenina y la dicotomía que existe entre una sexualidad ‘buena’ y una sexualidad ‘mala’. Además, hemos indagado en la idea del esencialismo del sexo, así como en la idea del sexo como algo construido y lo que esto conlleva: roles de género, estructuras patriarcales de dominación-sumisión, coitocentrismo, masculinidad, heteronormatividad.

Por otro lado, también hemos realizado una revisión bibliográfica de textos donde se tratan temas como la relación entre el matrimonio y la prostitución, entre lo público y lo privado, la diferencia sexual como diferencia política y, además, he reflexionado sobre cómo se interrelacionan los ámbitos que en principio podrían parecer que están claramente diferenciados y separados.

Por último, hemos analizado libros de autoras que hablan sobre el debate actual que existe hoy sobre la prostitución en España. Expondremos las ideas de autoras tanto abolicionistas como regulacionistas y veremos los argumentos que cada una expone, bien a base de las vivencias o experiencias de ellas mismas o de sujetos cercanos a ellas, bien a través de estudios académicos donde desarrollan sus investigaciones. También aludiremos a otras autoras que presentan una opinión ambivalente o que no se posicionan con tanta claridad.

También nos han resultado muy útiles otras herramientas como artículos de prensa, entrevistas de prensa, blogs de autoras feministas, vídeos de entrevistas de internet o programas de televisión.

Las búsquedas han sido realizadas a través de los fondos de la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza, de plataformas de libros y artículos académicos online, de páginas de periódicos nacionales, de YouTube y de libros personales que ya habíamos reunido con anterioridad a la realización de este trabajo.

## **Marco metodológico**

Podríamos decir que el presente trabajo ha sido realizado a través de una metodología única. Hemos optado por realizar una amplia revisión bibliográfica ya que sobre el tema hay una gran abundancia de datos e información desde diferentes áreas de conocimiento como la filosofía, la política, la sociología e incluso el mundo jurídico.

## **Estructura general del trabajo**

El presente trabajo se va a iniciar con el Capítulo I: *La construcción del género y de la sexualidad*. En el primer subapartado “Cómo se han construido y jerarquizado las normas de género” intentamos estudiar el origen de la categorización de las normas de género y cómo han actuado a lo largo de la historia formando así la identidad de ‘hombre’ y la de ‘mujer’ de manera tanto interconectada como jerarquizada. En el segundo subapartado, “Cómo se han construido la sexualidad y el deseo en las mujeres y en los hombres”, intentamos estudiar el modo de construcción de la sexualidad y el deseo de manera diferenciada en los hombres y en las mujeres y cómo el sistema nos empuja a vivir y descubrir una única manera de vivir esta sexualidad.

Después nos encontramos con el Capítulo II: *La aparente dicotomía entre lo público y lo privado*. A raíz de encontrar en el capítulo anterior una diferenciación de roles tanto de género como en la sexualidad en hombres y en mujeres, percibimos que estos roles están muy relacionados con las actividades que se realizan tanto en la vida pública como en la privada. Por ello en este capítulo intentamos ver si realmente son tan dicotómicos como nos parecen. En el subapartado “Crítica a la

separación de los ámbitos público y privado”, investigamos acerca de la interrelación que existe entre estos dos mundos y cómo se sostienen mutuamente. En el apartado “La prostitución o trabajo sexual como efecto” trato de estudiar el fenómeno de la prostitución como efecto de esta aparente separación que se hace de lo público y lo público.

Por último, y como consecuencia del apartado anterior, en el último Capítulo III: *El debate actual sobre la prostitución en España* realizo un análisis histórico de la situación de la prostitución/trabajo sexual en nuestro país y destaco las dos posiciones más destacadas en las que se divide el movimiento feminista: ‘abolicionistas’ y ‘regulacionistas’.

Por último, cerramos el trabajo con las conclusiones obtenidas de toda la investigación realizada a lo largo del trabajo.



## Capítulo I. La construcción del género y de la sexualidad

A nuestro modo de ver, y así como ha subrayado la teoría feminista desde diferentes perspectivas, existe una dicotomía base que divide a toda la sociedad en dos grandes grupos: hombres y mujeres, asignación que se otorga dependiendo de los genitales normativamente establecidos entre sexo hombre y sexo mujer. Según el grupo al que se pertenece se debe ser y existir de una determinada manera. Si no se hace, entonces se sufre una violencia mayoritariamente social e institucional, que obligará a regresar dentro de las líneas del grupo que este binarismo de género ha marcado para cada individuo.

Esta dicotomía de la que hablamos se establece en la sociedad a partir de un argumento biologicista de los sexos. Por lo tanto, la división de los géneros es la construcción sociocultural general, que a su vez es la causante de otras diferenciaciones más específicas entre hombres y mujeres, como puede ser la que trata de las diferencias en el campo de la sexualidad. Es decir, el género marca, además de cómo debe estar configurada la persona, la posición y el comportamiento, cuáles deben ser los deseos y el rol en las relaciones sexuales.

Nuestros cuerpos son clasificados al nacer dependiendo de la genitalidad, que no siempre es binaria, pero el sistema, al igual que ocurre con el género, también nos induce a esta idea dualista con los cuerpos. Es decir, diríamos que el género pretende ser la consecuencia del sexo, de la corporalidad. Y a raíz de ello, se conforman los roles y las jerarquías, y con ello, también la sexualidad y el deseo, porque son categorías que, aunque no pueden identificarse por completo, se encuentran entrelazadas íntimamente.

Por otro lado, “no es posible deslindar el concepto de la prostitución femenina de la construcción social de los géneros y de las distintas consideraciones de lo que significa ser mujer y ser hombre dentro de nuestra sociedad” (Villa, 2010:158).

### 1. Cómo se han construido y jerarquizado las normas de género

En este primer subapartado, vamos a referirnos a lo que tres autoras feministas han analizado y teorizado sobre el origen del sistema patriarcal, de los roles de género y el binarismo de los cuerpos de las personas.

En el contexto occidental y en la época actual, entre las muchas desigualdades que existen nos encontramos con las que atañen a hombres y mujeres, es decir, las normas que implican una diferenciación entre los dos géneros.<sup>1</sup> La cultura marca a estos dos géneros en las diferentes áreas

---

<sup>1</sup> Gayle Rubin define el género como la construcción cultural del sexo, lo que permite que la categoría hombre y mujer no sean estáticas, sino que podamos movernos para modificarlas debido a que no es algo biológico (Rubin, Reflexionando sobre el sexo. Notas para una teoría radical de la sexualidad, 1989).

de la vida, como lo psicológico, lo religioso, los afectos y sentimientos, o el mundo de lo privado y de lo público, y sitúa a unos y a otros en unas determinadas tareas que hay que cumplir. Todo esto está tan normalizado y arraigado en nuestra cultura que ni si quiera precisa de justificación.

Lo cierto es que, desde hace décadas, pero sobre todo en la actualidad, vemos cómo cada vez con más voz y frecuencia, las personas en general, y sobre todo las mujeres en particular, nos cuestionamos y reflexionamos sobre todos estos elementos que conforman nuestras vidas, como la vestimenta, los colores, las funciones a desempeñar en el hogar, los derechos laborales, los comportamientos, etc. Nos encajonaron un día en un rol concreto a causa del sistema binarista al que la sociedad nos aboca y luchamos para poder salir de estas categorías estáticas a través de la deconstrucción de las normas de género, ya que consideramos que es algo construido y que hay muchas más formas posibles de habitar en el mundo.

Como dijo Simone de Beauvoir, “mujer se hace, no se nace”, y con esto quiere decir que a raíz de la categoría cuerpo se forma la categoría género. La célebre autora dice que “solo se puede llegar a entender el origen de la jerarquía de los sexos teniendo en cuenta que cuando dos categorías humanas se enfrentan, cada una quiere imponer a la otra su soberanía (...) si una de ellas toma la delantera, se impone a la otra y trata de mantenerla en opresión” (Beauvoir, 2018: 120). A lo largo de su pensamiento y concretamente de su obra, hace un viaje en el tiempo para descubrir qué es lo que llevó al hombre a imponerse a la mujer, y con ello crear estas dos categorías tan cerradas y opacas que existen. Y es que, si nos remontamos a las épocas pasadas como la primitiva o al periodo que precedió al de la agricultura, es difícil saber con precisión cómo eran las mujeres y cuál era su situación de entonces. Algunos datos que sí poseemos son que el cuerpo de las mujeres estaba más desarrollado que ahora, a causa de la realización de tareas de fuerza como las del campo o las de la guerra.

Simone de Beauvoir reflexiona sobre el cuerpo de las mujeres<sup>2</sup> y reclama el derecho de las mujeres a decidir sobre su propio cuerpo.<sup>3</sup> En las sociedades premodernas, según Beauvoir, se valoraba mucho la fertilidad femenina y el alumbramiento de hijos, pero en vez de alabar a las mujeres por dichos atributos, se consideraba que el embarazo, la lactancia, el parto y la menstruación disminuían las capacidades de estas, y las condenaban a la marginación durante estos procesos, porque, además, en palabras de la autora: “las mujeres no conocen el orgullo de la creación, se siente el juguete pasivo” (121).

---

<sup>2</sup> El existencialismo en Beauvoir es lo contrario al determinismo, a la idea de determinación. Esta última va ligada a la religión y por ello la autora va a tratar de desmontarla constantemente en su obra, porque aboga por un pensamiento existencialista, por el ‘no’ conocimiento previo de los roles y porque estos no nos determinen y no sean estáticos.

<sup>3</sup> Esta idea de reivindicación del cuerpo de la mujer es nueva, Simone de Beauvoir es pionera en esta cuestión. Y también es la primera que separa la sexualidad de la reproducción. Las sufragistas, por ejemplo, no manifestaron esa reivindicación para las mujeres en su momento.

Junto con lo anterior, la autora descubre que “en la humanidad la superioridad no la tiene el sexo que engendra, sino el que mata” (122). Esto se refiere a situaciones donde el hombre mata, expone su vida ante otro ser para que esta gane todavía más valor.<sup>4</sup>

Esto significaría que los inicios de la división sexual estarían en la lectura cultural de lo biológico. Entendiéndose esto no como justificación sino como explicación, respecto a que los hombres dividieron a la población entre las que dan la vida y los que la arriesgan. Y desde este punto de vista podríamos comenzar a hablar de la idea de ‘otredad’ que también formula Simone de Beauvoir.<sup>5</sup>

Esta autora, llega a la conclusión de que:

El triunfo del patriarcado no fue casual, ni el resultado de una revolución violenta. Desde el origen de la humanidad, su privilegio biológico permitió a los varones afirmarse solos como sujetos soberanos; nunca renunciaron a este privilegio; alienaron en parte su existencia en la Naturaleza y en la Mujer (...) condenada a desempeñar el papel de alteridad, la mujer también estaba condenada a poseer solo un poder precario: esclava o ídolo (Beauvoir, 2018: 134).

Para hablar de la otredad en Simone de Beauvoir, en principio nos referimos al título de su obra: ‘El segundo sexo’, pues comprobamos que esta obra, la que forma parte de su filosofía existencialista, se basa en descubrir, teorizar y cuestionar la conceptualización de las mujeres como ciudadanas secundarias respecto a los hombres.

A raíz de su planteamiento y su discurso, fue quedando más clara y visible la jerarquización de los géneros. Y la división de roles que afectaba y se apreciaba tanto en la vida pública como en la privada como consecuencia de esta jerarquización. La cultura afirma que hombres y mujeres han venido al mundo para desempeñar tareas diferentes a lo largo de su vida porque su naturaleza así lo ha definido (esto es lo que trata de cuestionar Simone de Beauvoir), y que sus comportamientos también deben ser diferentes por la misma razón.

En el siguiente cuadro, podemos observar las características con las que la biología había dotado supuestamente a hombres y a mujeres.

---

<sup>4</sup> Esta idea también se refleja en la dialéctica de Hegel cuando explica la relación de amo-esclavo en su obra sobre la fenomenología del espíritu (*Phänomenologie des Geistes*, 1807). Haciendo un símil entre amo-esclavo y hombre-mujer, encontramos que la existencia del amo solo tiene sentido gracias a la existencia del esclavo. Es decir, una existencia da sentido a la otra. El amo no es nada sin el esclavo, porque este refuerza su poder y con ello la marcada jerarquía que existe entre ellos. Y esto mismo es lo que ocurre con el hombre y la mujer. El hombre somete a la mujer, pero es importante que esté ahí, para reforzar su figura y poder afirmar que hay uno por encima del otro. Ver Arteta Ripoll, “La dialéctica del amo y el esclavo”, accesible en <http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/Amauta/article/view/1790/1965>

<sup>5</sup> En realidad, esta idea de ‘otredad’ ya la desarrolla Platón, pero en esta ocasión nos referimos en concreto a la otredad de la mujer que formula Beauvoir respecto al hombre.

Hombres	Mujeres
Cultura	Naturaleza
Razón	Emoción
Mente	Cuerpo
Amo	Esclavo
Espíritu	Materia
Humano	Animal <sup>6</sup>
Universal	Particular
Humano	Naturaleza, no humano
Libertad	Necesidad
Civilizado	Primitivo
Producción	Reproducción
Sujeto	Objeto
Uno	Otro
Público	Doméstico
Hombre	Mujer

**Tabla 1. Características opuestas que se considera que poseen las personas según el género asignado (reproducido de la clase de Alicia Puleo el 3/10/2018 del Máster en Relaciones de Género, Universidad de Zaragoza, curso 2018/19)**

Y es precisamente esto lo que se cuestiona Beauvoir. El discurso biologicista de los cuerpos sexualmente diferentes estaba (y está) totalmente legitimado por la sociedad y ella quiere desmontarlo.

En la primera columna, vemos lo que corresponde con lo que se le atribuye al hombre y la segunda con lo que se le atribuye a la mujer. El ejemplo más claro y destacado, en este caso, sería la palabra ‘otro’ ya que es el tema que estamos tratando. El ‘otro’ significa lo derivado, lo secundario, lo no principal ni central, lo marginado, lo descentrado, la alternativa que se constituye a partir de ‘uno’. Este dualismo, al igual que todos los que aparecen, no son divisiones neutrales, sino que están claramente jerarquizadas, considerándose superiores las que se atribuyen a los hombres.

A través de esto, se forma la idea de que existe una ‘masculinidad’ y una ‘feminidad’. Lo cierto es que ambas se construyen, social, económica, política y simbólicamente. La masculinidad se sostiene a través de la idea de lo que tiene que ser un verdadero hombre; es decir, el que reproduce las siguientes conductas: superioridad ante la mujer, dominación, ejercicio de la fuerza, escasa exteriorización de emociones, el hombre como prioridad y universalidad, tanto en la vida privada

<sup>6</sup> Beauvoir (2018: 109) afirma que “la humanidad no es una especie animal, sino que es una realidad histórica. La sociedad humana no sufre pasivamente la presencia de la naturaleza, la asume”.



como en la pública. Y esto se articula a través de la posesión de los privilegios, y la negativa a renunciar a ellos. Y la feminidad está al servicio de los deseos del hombre, se forma a partir y en torno a él.

De estas características básicas que he extraído del pensamiento de Beauvoir, podrían derivarse subcaracterísticas o subcategorías de lo que conoceríamos hoy como lo ‘masculino’ y lo ‘femenino’, porque a raíz de determinadas etiquetas como: razón, mente, libertad o público, en los hombres, después pueden derivarse otras más concretas como inteligencia o sagacidad; no le interesa el compromiso, es independiente, forma parte de la vida pública. Y lo mismo ocurre con las mujeres, con etiquetas como emoción, cuerpo, necesidad o doméstico; podríamos ir más allá y leer que también nos están imponiendo características como vulnerabilidad, sometimiento de nuestro cuerpo a lo que el patriarcado espera de nosotras, dependencia emocional de una relación de amor romántico, importancia de la figura materna en la vida de las hijas y de los hijos, vínculo de dependencia con los mismos, etc.

Simone de Beauvoir intenta en su obra hacer visible la opresión, y quiere que las mujeres pasemos de estar en la posición secundaria a estar en la primera, para que así podamos ser reconocidas como razón, cultura, etc. Pero también para que los hombres puedan ocupar algunas de las categorías de la segunda columna;<sup>7</sup> es decir, lo que hoy conoceríamos como la deconstrucción de la masculinidad y que así el hombre también se reconozca en lo particular y el mundo del hogar.

A raíz de todo lo anterior, podemos afirmar que la jerarquización de los sexos se sustenta a través de un discurso de legitimación. Que se utiliza para justificar por qué las mujeres tienen un puesto subordinado al de los hombres.

El discurso biologicista no será posteriormente tan dominante. Debido a que la sociedad poco a poco va avanzando, se va desarrollando y a causa de esto y del cambio de pensamiento, el imaginario colectivo ya no legitima tanto el discurso biologicista.<sup>8</sup> Cuando parecía que un nuevo pensamiento crítico hacia el discurso biologicista cobraba relevancia por parte de la sociedad, la medicina sigue sustentándose en un discurso biologicista, lo que sirvió para seguir legitimando la subordinación de las mujeres, sobre todo a las de la clase trabajadora.<sup>9</sup>

Estas teorías biologicistas son heredadas por autores como Sigmund Freud, y es Simone de Beauvoir la que le rebate con la teoría de la socialización de los roles de género, argumentando que cuando él dice que las mujeres tienen ‘envidia de pene’ quizás sea así, pero que las mujeres le damos importancia al pene simplemente porque es la sociedad la que le otorga esa importancia

---

<sup>7</sup> No en todas las categorías porque algunas simplemente deberían suprimirse y no existir, como por ejemplo ‘esclavo’, ‘objeto’ u ‘otro’.

<sup>8</sup> Los médicos hacían afirmaciones como que las mujeres no podían estudiar si tenían hijos, porque eran acciones que no eran compatibles.

<sup>9</sup> La clase trabajadora se vio afectada por este pensamiento, porque a las mujeres les era más difícil enriquecerse culturalmente con este tipo de discursos. A los que además se añadían cosas como que en el proletariado predominan los genitales, y en la burguesía el cerebro.

primero.<sup>10</sup> Es decir, que en realidad esa envidia, y todo lo que ocurre en torno a ella, de ser verdad, sería una mera construcción social.

Más adelante, en la década de los 70, Kate Millett, también se pronunció sobre esta cuestión y, de acuerdo con Beauvoir, hizo las siguientes afirmaciones:

La política sexual es objeto de aprobación en virtud de la socialización de ambos sexos según las normas fundamentales del patriarcado en lo que atañe al temperamento, al papel y a la posición social. El prejuicio de la superioridad masculina, que recibe el beneplácito general, garantiza al varón una posición superior en la sociedad. El temperamento se desarrolla de acuerdo con ciertos estereotipos característicos de cada categoría sexual (Millett, 2018: 72).

Si la división sexual es algo meramente impuesto, nos podríamos preguntar ¿de dónde proviene esa imposición? La teoría de la división sexual y de género se basa en argumentos biologocistas, contrariamente a la teoría cultural. El biologicismo alega que hombres y mujeres existimos y nos comportamos de maneras diferentes porque es algo biológico, que está en nuestro ser, y no se puede modificar ni alterar. Esta teoría ha sido apoyada, producida y reproducida a lo largo de la historia por otras ideologías e instituciones como la religión o el Estado, y por ello se ha organizado el pensamiento patriarcal dominante que impera hasta nuestros días y actúa con tanta fuerza en la sociedad.

La religión patriarcal, la opinión popular y hasta cierto punto la ciencia, suponen que tales distinciones psicosociales descansan sobre diferencias biológicas observables entre sexos y mantienen que, al modelar la conducta, la cultura no hace sino colaborar con la naturaleza (Millett, 2018: 73).

En el siglo pasado, Millett y Beauvoir ya trataron de teorizar sobre el origen del patriarcado y ambas están de acuerdo en poner el punto de partida ya en la Prehistoria. Millett enumera diferentes causas posibles, como los procesos de fertilidad y paternidad, expone que las actitudes humanas se invirtieron, primero hubo cultos que alababan la fertilidad de las mujeres y después esa misma capacidad de ellas hizo que las degradaran a una única función de procreación. (Millett, 2018: 75). Por otro lado, también habla de los procesos aprendidos en la infancia acerca de las diferencias sexuales, y que se van desarrollando a lo largo de la vida como respuesta a las exigencias y normas sociales (80). Sea como fuere, Millett afirma que la cuestión sobre el origen del patriarcado es irresoluble, en primer lugar, porque se carece de pruebas y, en segundo lugar, porque esta binaridad está repleta de factores sociales que impiden darnos una respuesta, y que hasta que no se logre la igualdad total, ignoraremos la respuesta (75-76).

También habla sobre la religión y resalta la producción y reproducción de las estructuras patriarcales que existían y que, incluso, persisten: “El hombre creó la imagen de la mujer que todos conocemos adaptándola a sus necesidades” (Millett, 2018). Sobre esto, existen varios ejemplos,

---

<sup>10</sup> Ver la obra de Gayle Rubin *El tráfico de mujeres, notas sobre la economía política*, 1986, donde explica de forma más extensa lo que Lacan y Freud enunciaban acerca de la diferencia entre los sexos.

como por ejemplo la impureza que se le atribuye a las funciones sexuales de las mujeres, o determinados comportamientos o acciones que la mujer no podía ejercer durante la menstruación, como ejemplo de algunos de ellos.

Solo tenemos que acudir al mito del pecado original<sup>11</sup> para entender que la religión se sustenta en una ideología patriarcal y misógina, en la que culpa a Eva de todo el mal que existe en la humanidad por haberse comido la manzana,<sup>12</sup> así como los castigos que caen sobre ella: “parirás los hijos con dolor y buscarás con ardor a tu marido, y él se enseñoreará de ti”<sup>13</sup> (117).

La religión también es la responsable del concepto que entendemos hoy como virginidad, creado por y para controlar la sexualidad de las mujeres, y en el cual nos detendremos más adelante con más profundidad. Tanto el mito del pecado original como el de la virginidad, están muy presentes en la sociedad actual donde impera el pensamiento y la moral judeocristiana.

Todo lo anterior nos da unas pequeñas nociones sobre el origen y la estructura del sistema patriarcal y de la creación de las categorías de género y sexo. Fundamentándose en el discurso biologicista, tras el que se esconde la auténtica razón, según las autoras anteriores: la construcción sociocultural de las categorías de género.

En la actualidad, a pesar del reconocimiento de la imposición institucional y social de las normas de género, continúan existiendo y lo hacen de forma muy marcada. El discurso biologicista aún pesa en nuestros días, tanto que la mayoría de las veces, hombres y mujeres actuamos de una forma diferenciada de manera automática, por el mero hecho de pertenecer a la categoría que nos han asignado, y lo más trágico de todo es que creemos que lo hacemos porque es nuestro deseo y porque somos libres de haber elegido esa opción sin pararnos a reflexionar sobre el peso y la importancia que las categorías de género tienen en nuestra persona desde el momento en el que nacemos, simplemente porque nuestros cuerpos son sexuados y a raíz de ese momento, del nacimiento, se nos asigna un género u otro.

Para finalizar este apartado, analizaremos el género de una forma diferente a las anteriores. En esta ocasión, entrando ya en una época más contemporánea, discutiremos la binaridad y reflexionaremos sobre cómo se pueden desmontar estas categorías de género de las que hemos hablado con anterioridad.

---

<sup>11</sup> Ver “Las raíces del machismo en la ideología judeo-cristiana de la mujer”, accesible en <http://inif.ucr.ac.cr/recursos/docs/Revista%20de%20Filosof%C3%ADa%20UCR/Vol.%20XXX/No.%2071/Las%20Raíces%20del%20Machismo%20en%20la%20Ideología%20Judeo%20Cristiana%20de%20la%20Mujer.pdf>

<sup>12</sup> A raíz de que Eva cometiera el pecado original, la institución eclesiástica justifica con ello toda subordinación de la mujer dentro de la iglesia, como por ejemplo que las mujeres no podamos ejercer el sacerdocio, pues todos los males son el producto del acto de la tentación.

<sup>13</sup> Estas palabras nos recuerdan al mito de Pandora, anterior al del pecado original, ya que en ambos se reflejan aspectos básicos patriarcales: vulnerabilidad e inferioridad de la mujer, e imposición y dominación del hombre ante esta. Ver Escartín Gual, “Pandora y Eva: la misoginia judeo-cristiana y griega en la literatura medieval catalana y española”, accesible en <https://dugi-doc.udg.edu/bitstream/handle/10256/9647/PandoraYEva.pdf?sequence=1>. Por otro lado, existe la teoría de que, en realidad, la primera mujer fue Lilith, la cual se marchó del Paraíso porque le plantó cara a Adán cuando vio que él estaba por encima de ella, argumentando que habían sido creados iguales y por lo tanto eran iguales. Se dice que se fue a vivir al Mar Rojo y ahí vivió su sexualidad y su vida de forma libre.

Para ello, nos adentraremos en la obra de Butler. Ella, con un pensamiento diferente y perteneciente a otra época y contexto social, tampoco aboga por el género como lo que se es o se posee, ya que más bien sería algo que se nos atribuye: “El género no es exactamente lo que uno «es» ni tampoco precisamente lo que uno «tiene». El género es el aparato a través del cual tiene lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino junto con las formas intersticiales hormonales, cromosómicas, psíquicas y performativas<sup>14</sup> que el género asume” (Butler, 2004, 70).

Ella niega constantemente el esencialismo del género (al igual que las autoras anteriores), pero también el binarismo de este. Afirma, además, que el género es performativo,<sup>15</sup> lo que significa que es el proceso reiterativo de actuar género lo que produce el efecto de lo que llamamos identidad de género. Ese actuar género se naturaliza y se impone como lo normal.

No nos podemos limitar a pensar que solo existen dos maneras de existir (en forma de hombre o en forma de mujer) y, además, las personas solemos estar atravesadas por más de una categoría; como la raza, la edad, la religión, y la orientación sexual, que serían algunas de ellas (Butler, 2004).

Butler problematiza la categoría género, porque dice que al igual que las normas de género han sido impuestas socialmente, también esta división binaria de géneros es fija y excluyente: “Mantener el término «género» aparte de la masculinidad y de la feminidad es salvaguardar una perspectiva teórica en la cual se pueden rendir cuentas de cómo el binario masculino y femenino agota el campo semántico del género” (Butler, 2004: 70).

Digamos que si queremos deshacer las paredes de las etiquetas que nos identifican con el género asignado, también deberíamos deshacer entonces el propio género:

Asumir que el género implica única y exclusivamente la matriz de lo «masculino» y lo «femenino» es precisamente no comprender que la producción de la coherencia binaria es contingente, que tiene un coste, y que aquellas permutaciones del género que no cuadran con lo binario forman parte del género tanto como su ejemplo más normativo. Fusionar la definición de género con su expresión normativa es reconsolidar, sin advertirlo, el poder que tiene la norma para limitar la definición del género (...). La fusión del género con lo masculino/femenino, hombre/mujer, macho/hembra, performa así la misma naturalización que se espera que prevenga la noción de género (Butler, 2004: 70).

Para Butler, el género es una categoría discursiva. Este lenguaje acaba imperando y determinando<sup>16</sup> lo que somos, y es precisamente lo que no quiere ella, ni tampoco nosotras. En el momento en el que nos encontramos la idea de Butler de ‘deshacer el género’, damos con un camino bastante coherente por el que dirigirnos dentro de la teoría feminista, porque si asumimos que existe un género, aunque sea de manera construida, estamos asumiendo la binaridad de los cuerpos y de las personas, y esa idea es también la que queremos derribar. “Si el género es una norma, no podemos decir que es un modelo al que los individuos tratan de aproximarse. Por el contrario, es una forma

---

<sup>14</sup> Con Butler encontramos por primera vez el término *performativo* para referirnos al género.

<sup>15</sup> Ver Duque Acosta, “Judith Butler: performatividad de género y política democrática radical”, accesible en [http://revistas.univalle.edu.co/index.php/la\\_manzana\\_de\\_la\\_discordia/article/view/1527/pdf](http://revistas.univalle.edu.co/index.php/la_manzana_de_la_discordia/article/view/1527/pdf)

<sup>16</sup> No determinando de forma radical y absoluta, sino haciéndonos creer que es así.

de poder social que produce el campo inteligible de los sujetos, y un aparato que instituye el género binario” (Butler, 2004: 78).

Como ya hemos expuesto con anterioridad, además de ser algo social, estas ‘normas’ de género también son institucionales, y Butler dice que lo jurídico produce y reproduce esta idea: “el poder jurídico se vuelve productivo; es decir, transforma las restricciones negativas de lo jurídico en controles más positivos de normalización; así pues, la norma performa su función transformadora” (Butler, 2004: 78). En la sociedad patriarcal, y de forma normativa, corporalidad (o sexo), género y sexualidad, se interrelacionan:

Si el género es la coagulación de la sexualización de la desigualdad, entonces la sexualización de la desigualdad precede al género y el género es su efecto. Pero ¿podemos llegar a conceptualizar la sexualización de la desigualdad sin un concepto previo del género? ¿Tiene sentido afirmar que los hombres subordinan sexualmente a las mujeres si no tenemos primero una idea de lo que son los hombres y las mujeres? (Butler, 2004: 85).

Finalizamos este subapartado con estas palabras y preguntas sobre las que reflexiona Butler, porque precisamente algunas son las que este mismo trabajo se plantea, y de las que hablaremos a continuación.

## **2. Cómo se han construido la sexualidad y el deseo en las mujeres y en los hombres**

En este segundo subapartado analizaremos cómo se construye la sexualidad del hombre y la de la mujer, y qué factores hacen que esto sea así. Asimismo, examinaremos la relación y repercusión que existe entre la construcción del sexo, la del género y la sexualidad, y de qué manera son tratadas en la sociedad las diferentes formas de relacionarnos sexualmente que no sea la heterosexualidad normativa con todas sus características. Es decir, nos referimos a las sexualidades ‘disidentes’.

Como hemos visto en el subapartado anterior, hombres y mujeres (divididos normativamente así por las categorías binaristas de género)<sup>17</sup> existimos y actuamos de forma diferenciada en la sociedad debido a la construcción divisoria que existe en las dos categorías de género que nos han impuesto. Y como consecuencia y en relación con lo dicho, ocurre algo bastante similar con la cuestión de la sexualidad,<sup>18</sup> que se relacionaría con la corporalidad, a causa de la segregación de los cuerpos.

---

<sup>17</sup> Bourdieu (citado en Lamas, 2000: 11) habla sobre el género y afirma que lo determinante, más que el tema de la corporalidad de la diferencia, en el sentido de la diferencia anatómica entre mujeres y hombres, es el proceso de encarnación (*embodiment*), es decir, de organización en el cuerpo de las prescripciones culturales. Por eso, con la teorización sobre la articulación entre lo cultural, lo biológico y lo psíquico se podría decir que Bourdieu investiga el cuerpo simbólico en la cultura, ¿el imaginario social?, mientras que Lacan investiga el cuerpo simbólico en el imaginario del sujeto.

<sup>18</sup> Cuando hablo de la sexualidad y el género, no me refiero a que por pertenecer a un género o a otro deba tenerse una cierta sexualidad, sino que es lo que la norma dicta, que dependiendo del ‘sexo’ que se le haya asociado a un cuerpo, entonces se deberá ser sexualmente de una manera o de otra.

La relación con el propio cuerpo se aprende de acuerdo a los patrones de la cultura en la que cada persona está integrada. Esto indica diferencias notables en la manera de conceptualizar, utilizar y valorar las funciones corporales. Dentro de ellas, las relativas a la sexualidad abarcan un campo especialmente conflictivo, pues se centran en aspectos definidos como básicos para la organización social, además de comprometer sentimientos y emociones importantes para el individuo” (Juliano, 2011: 21).

La sexualidad forma uno de los elementos centrales de nuestra identidad, sin duda. Pero al igual que ocurre con el resto de identidades, esta tampoco se articula de forma libre,<sup>19</sup> sino que existe todo un sistema que hace que nuestra identidad sexual se conforme de una manera única y determinada. Por un lado, consideramos que “La sexualidad es el cruce de la naturaleza con la estructura social. La sexualidad es un producto social. La expresión sexualidad humana es redundante ya que no es presocial ni está determinada por imperativos biológicos, sino que responde a condicionamientos sociales” (Guasch y Osborne, 2003: 1). Por otro lado, tenemos en cuenta que:

(...) En el esencialismo sexual: la idea de que el sexo es una fuerza natural que existe con anterioridad a la vida social y que da forma a instituciones. El esencialismo sexual está profundamente arraigado en el saber popular de las sociedades occidentales, que consideran al sexo como algo eternamente inmutable, asocial y transhistórico. Dominado durante más de un siglo por la medicina, la psiquiatría y la psicología, el estudio académico del sexo ha reproducido el esencialismo. Todas estas disciplinas clasifican al sexo como una propiedad de los individuos, algo que reside en sus hormonas o en sus psiques. El sexo puede, indudablemente, analizarse en términos psicológicos o fisiológicos, pero dentro de estas categorías etnocientíficas, la sexualidad no tiene historia ni determinantes sociales significativos (Rubin, 1989: 130).

En la actualidad, tendemos a decir que la mujer está subordinada y es el hombre el que domina y decide en las relaciones sexuales heterosexuales por culpa de elementos como por ejemplo el de la pornografía.<sup>20</sup> Esto es debido a que cada vez más menores y adolescentes tienen un más fácil y rápido acceso a internet, y que es ahí donde se construye el imaginario de cómo debe ser una relación sexual y de cómo se debe comportar cada persona según su ‘sexo’ durante una relación sexual,<sup>21</sup> pero ¿es eso totalmente cierto? Con los datos que hemos analizado con anterioridad a lo largo de este apartado, podríamos dudar enormemente de ello porque, como ya hemos visto, el patriarcado y la dominación masculina están en todos los ámbitos de la vida, y por lo tanto también en la sexualidad. Y, además, todo esto lleva siendo así desde mucho antes de la aparición de la pornografía.

---

<sup>19</sup> Foucault en *La Historia de la Sexualidad* (citado en Rubin, 1989, 131) critica la visión tradicional de la sexualidad como impulso natural de la libido por liberarse de las limitaciones sociales, y argumenta que los deseos no son entidades biológicas preexistentes, sino que, más bien, se constituyen en el curso de prácticas sociales históricamente determinadas.

<sup>20</sup> Ver “Placeres a la carta: consumo de pornografía y constitución de géneros”, accesible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5202590>

<sup>21</sup> Ver “La Fiscalía alerta del “inquietante” aumento de la violencia sexual entre jóvenes y lo vincula al consumo de pornografía”, *El Independiente*, 9 de septiembre de 2019. Accesible en <https://www.elindependiente.com/politica/2019/09/09/fiscalia-ve-inquietante-aumento-la-violencia-genero-sexual-jovenes-lo-vincula-al-uso-pornografia/>

Para defender que existe una jerarquía de poder y una norma hegemónica en los roles y las relaciones sexuales partiremos de dos cuestiones; la primera es que la mayoría de la pornografía está basada en relaciones heterosexuales, y en su defecto, lésbicas, pero igualmente para un público heterosexual. La segunda es sobre el discurso que existe actualmente sobre la educación sexual en la sociedad y en los entornos como la familia o los centros educativos. Vemos cómo únicamente se nos transmite un discurso en torno a la salud, de las precauciones acerca de las enfermedades o de los embarazos no deseados. Pero lo cierto es que observamos que se habla realmente poco del placer, de lo que nos gusta o de cómo nos gusta y con quién. Rubin afirmaba que “la idea de que el sexo *per se* es perjudicial para los jóvenes ha quedado inserta en estructuras sociales y legales que tienen por objeto aislar a los menores del conocimiento y experiencia sexuales” (Rubin, 1989). A raíz de estas dos premisas quizás deberíamos plantearnos cómo y por qué funciona de una manera hegemónica y mecánica la sexualidad en nuestros días y nuestro contexto.

Existe una sexualidad normativa y hegemónica. Está tan normalizada, es una forma de violencia tan sutil, que lo cierto es que en pocas ocasiones nos paramos a reflexionar sobre ello. En ocasiones, nos encontramos con un debate menoscabado y al que no se le concede demasiada atención ni visibilidad, debido a que se cree que nuestros deseos y formas de relacionarnos han sido elegidos libremente, cuando no es así, sino que existe una ‘dictadura’ de la heterosexualidad, y con ella todo un entramado que hace que el mundo se conforme sobre esta manera concreta de vivir la sexualidad y de vivir en general.

Por otro lado, no se nos deja separar nuestra ‘identidad de género’ de nuestra sexualidad. La construcción cultural de una va implícita en otra, y se da por hecho que te va a atraer la persona del ‘sexo’ contrario. Por ello, podríamos decir que al igual que ocurre con el sexo, el género, también nuestros deseos son contruidos.

A diferencia de la heterosexualidad hegemónica, durante siglos y hasta la actualidad, el resto de sexualidades, las marginales, han sido objeto de represión, persecución u odio tanto religioso como social e institucional. Por eso hablamos de que la norma heterosexual es violencia y es represiva, porque no da opción a ser libre para elegir, a salirte de ella. Solo si estás dispuesto a correr el riesgo que esto significa, y eso realmente no es libertad.

Rubin, en su escrito “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, hace especial hincapié en la censura que ha existido sobre la sexualidad por parte de la religión a través del miedo. Se creía que la masturbación (sobre todo en mujeres) era algo tremendamente horrible y perjudicial. Lo era en primer lugar para los hombres, ya que no se consideraba que las mujeres tuvieran sexualidad, pero más adelante se consideró para ambos igual, como la idea del sexo prematrimonial. Todo ello tenía lugar en un contexto heterosexual, obviamente, ya que el resto de las sexualidades están penalizadas moralmente a otro nivel superior, y se debe a la idea de la utilización del sexo única y exclusivamente para fines de procreación, sin contemplación y con penalización del placer sexual.

Nombramos en este punto a Monique Wittig<sup>22</sup> y su obra sobre *El pensamiento heterosexual* de 2005, donde la autora habla del lesbianismo y de otras formas marginales de sexualidad. En ella afirma que la sexualidad va acompañada de un pensamiento, de una forma de existir, porque debido a la estructura tan sólida que existe, vivir en otra sexualidad que no sea la heterosexual ya nos lleva, obligatoriamente, a pensar y vivir de una forma distinta. Con esto la autora pone de manifiesto que la sexualidad no es algo únicamente íntimo, sino que atraviesa toda nuestra identidad, y que es algo verdaderamente político también.

En el anterior subapartado, hemos dejado sin responder una serie de preguntas que Judith Butler se hacía, y el trabajo con ella. Una de estas preguntas era si el género y la sexualidad son categorías que actúan por separado o si de lo contrario lo hacen juntas: “La sexualidad posee también su propia política interna, sus propias desigualdades y sus formas de opresión específica” (Rubin, 1989: 114), aquí Rubin indica la importancia de realizar un estudio propio de la sexualidad, con independencia del género. MacKinnon sin embargo alude a que: “No existe ninguna constitución del género externa a la sexualidad y, por implicación, externa a esta forma de sexualidad subordinativa y explotadora”. (MacKinnon, 1989). Ella, Butler, defiende una relación importante entre género y sexualidad pero una relación que no implique la casi fusión entre género y sexualidad.

Gayle Rubin, además, afirma que son "vectores de opresión" distintos. Es interesante la forma en la que se articulan rasgos concretos de cada sistema; es decir, de qué manera pueden influir las configuraciones del sistema sexual sobre la experiencia de ‘ser mujer’ y, viceversa, cómo concuerdan y se reflejan las definiciones del género en la sexualidad. Y es que, aunque existan interrelaciones entre sexualidad y género, la sexualidad no es una categoría residual, una subcategoría del género, ni las teorías del género son totalmente capaces de explicar la sexualidad. Rubin afirma que debemos llegar a describir y analizar la manera en que se dan las conexiones culturales entre los cuerpos femeninos y lo que se llega a entender como ‘mujeres’ y "sexualidad femenina" (Rubin, 1989).

Con las afirmaciones de estas dos autoras, Rubin y MacKinnon, las cuales tienen pensamientos muy distintos, podríamos tener una doble respuesta. Es decir, existe una serie de desigualdades propias de la sexualidad, pero la opresión proviene del mismo sitio que la jerarquía de géneros, de la dominación patriarcal del hombre por encima de la mujer. Además, Butler y Wittig afirman que la heterosexualidad obligatoria y el dualismo sexual van unidos y por ello la crítica a uno va unida a la crítica del otro.

Sexualidad y género, por lo tanto, están relacionados porque podríamos incluso pensar que el género se construyó a la vez que la sexualidad, es decir, que son dos categorías que, aunque puedan

---

<sup>22</sup> Wittig, a raíz de esta teorización, también se muestra en contra de las categorías de sexo, y por ello afirma que “el matriarcado no es menos opresor que el patriarcado: solo cambia el sexo del opresor” (1992: 33). Además, escribe sobre el pensamiento lesbiano y sobre las diferentes sexualidades, las cuales afirma que están atravesadas por otras categorías, como la raza y la clase social, entre otras, y lucha porque todas las sexualidades se integren dentro de la normalidad y dejen de vivir en los márgenes residuales.



ir por separado, se retroalimentan la una a la otra. De manera que lo que le afecta a la primera, le repercutirá en la mayoría de las veces al segundo.

En el patriarcado, cuando se forma una identidad de género, automáticamente se entiende que va implícita la identidad sexual también. Y se trata de una sexualidad heterosexual que gira en torno a la genitalidad ya que tiene como fin la reproducción.<sup>23</sup>

Si pasamos a hablar de la construcción de cada sexualidad, femenina y masculina, en todas las autoras vemos que hay una idea común: la sexualidad de la mujer, en el caso de que exista, porque a veces ni siquiera existe, se forma como complemento y en torno a la sexualidad del hombre.

El hombre depende de la demostración del rendimiento y de la potencia sexual. Pero, además, en torno al rendimiento sexual masculino se establecen mitos o ficciones con un carácter altamente persuasivo en la definición de la performance continua de algunos hombres. Entre ellos se podrían destacar los siguientes: el hombre ha de estar siempre dispuesto a mantener relaciones sexuales; ha de mostrarse en estado de excitación permanente; la impotencia es equivalente a la pérdida de virilidad; o la práctica sexual ha de concluir siempre en coito (Matezanz, 2006).

La masculinidad es un modelo a seguir por todos los varones, y está relacionada de forma directa con la heterosexualidad. De la misma manera que lo está con la homofobia y con el rechazo a todo lo que tenga que ver con la feminidad<sup>24</sup> (ya que para ellos es símbolo de debilidad, inferioridad y por lo tanto de ridiculez). La homofobia, como comentábamos antes, es uno de los pilares fundamentales en la masculinidad y a través de la cual esta se refuerza. Los hombres deben demostrar su heterosexualidad, y dejar claro que ni poseen ni muchos menos son poseídos por otros hombres. De igual manera que en la masculinidad, tampoco se concibe la homosexualidad en las mujeres, por un lado, porque se les exige de sexualidad y, por otro lado, debido al poder y protagonismo que se da a la figura del falo. Se considera que sin el hombre (el falo) no hay relación sexual como tal.

Luce Irigaray ya decía que la sexualidad era falocéntrica.<sup>25</sup> Explica que es a través del falo como se identifica al hombre y en torno a él se construye la jerarquización que somete a las mujeres. Esta autora afirma que la sexualidad se construye en torno al hombre y que el cuerpo de la mujer existe para el gozo de este, y no para el de ella misma. Y es que, si acudimos a la teoría sobre la sexualidad de Freud, donde las mujeres no son en sí mismas, sino que son un no-hombre, es

---

<sup>23</sup> Desde el marxismo y otras posturas similares, se teoriza sobre que la ‘creación’ de la heterosexualidad obligatoria, busca la reproducción como factor aliado del sistema capitalista. Es decir, el sistema busca mano de obra y consumidores, y no quiere permitir que esta rueda se frene, porque eso supondría frenar el sistema capitalista y los bienes que de este se obtienen. Ver: Margulis, “Reproducción social de la vida y reproducción del capital”, Nueva Antropología, vol. IV, núm. 14, 1980. Accesible en <https://www.redalyc.org/pdf/159/15901404.pdf>

<sup>24</sup> Ver “¿Por qué los hombres se disfrazan de mujeres en el carnaval?”, 2019: <https://www.lovkombucha.com/es/por-que-los-hombres-se-disfrazan-de-mujer-en-carnaval/>

<sup>25</sup> *Falocentrismo*: concepto acuñado por el filósofo francés Jacques Derrida en 1965. Este término nace de la combinación de los términos ‘falocentrismo’ y ‘logocentrismo’. Este término alude a la teoría de S. Freud sobre la sexualidad masculina y femenina, y significa que la sexualidad gira en torno al falo, el órgano genital del hombre, y se llega a plantear incluso que exista el sexo femenino en sí mismo.

imposible que construyan una sexualidad en torno, por y para ellas, porque ni siquiera existen como mujeres; sino que todo gira en torno al hombre y la construcción de la sexualidad de este. No es posible que las mujeres tengan una identidad sexual si ni siquiera tienen una identidad propia de lo que son (Rubin, 1989: 118).

En “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo” Rubin afirma y explica que la sexualidad masculina se articula básicamente a través del intercambio de mujeres, el matrimonio, donde se prohíbe el incesto y los hombres operan a través de los cuerpos de las mujeres. Viven su vida y su sexualidad utilizándolas de esta manera. Además, encontramos una economía y una política de los sistemas sexo/género. Pero de todo ello hablaremos de manera más amplia en el capítulo siguiente.

Si continuamos hablando del lugar que ha ocupado y ocupa la sexualidad femenina, Luce Irigaray<sup>26</sup> también tiene ideas que aportar, aunque en relación con la sexualidad heterosexual exclusivamente:

Lo femenino no tiene lugar (...) más que en el interior de modelos y de leyes promulgados por sujetos masculinos. Lo que implica que no existen realmente dos sexos, sino uno sólo. Una sola práctica y representación de lo sexual. Con su historia, sus necesidades, sus reversos, sus faltas, su/sus negativos... cuyo soporte es el sexo femenino” (Irigaray, 1982: 85).

Si volvemos a hablar sobre la sexualidad hegemónica y el resto de sexualidades residuales, nos encontramos con esta imagen de Gayle Rubin, la cual explica de manera muy acertada la división entre las formas de relacionarse sexualmente y la jerarquía que existe entre unas y otras:

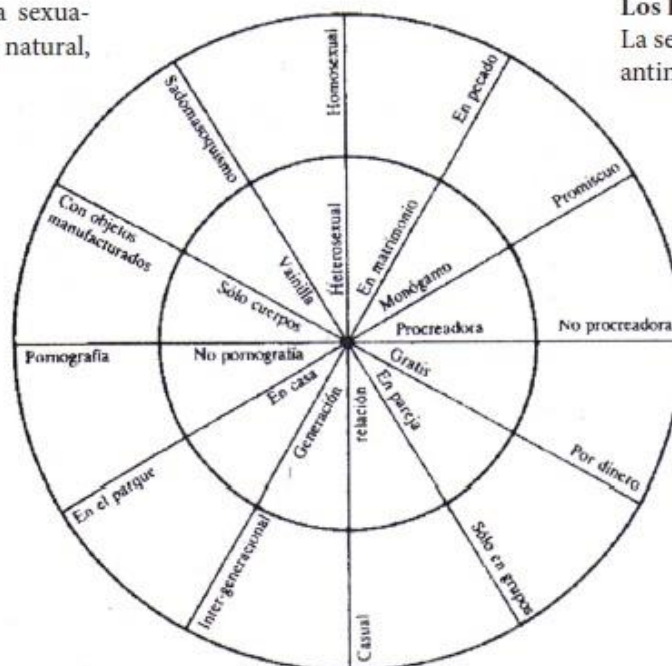
---

<sup>26</sup> Luce Irigaray hace una fuerte crítica al psicoanálisis de Freud y de Lacan. Habla de ‘espéculo’ en contraposición al ‘espejo’ que utiliza la teoría del psicoanálisis. La mujer, entonces, funciona como espejo para el hombre, para que refleje y refuerce todas sus virtudes, y ve así a la mujer como aquella que no posee ninguna de esas virtudes, es decir, como un contrario y por lo tanto inferior. Ella, por el contrario, aboga por sustituir el espejo por un espéculo, y así que se reconozca y aprecie lo que hay en la mujer, que no es la nada, como se cree con el espejo. El problema de la reflexión de Irigaray es que excluye y margina al lesbianismo y a las sexualidades disidentes.

**El círculo mágico:** La sexualidad buena, norma!, natural, sagrada

**Los límites exteriores:**  
La sexualidad mala, anormal, antinatural, maldita

Heterosexual  
En matrimonio  
Monógamo  
Procreadora  
No comercial  
En parejas  
En una relación  
Entre miembros de la misma generación  
En privado  
No pornografía  
Sólo cuerpos  
Vainilla (suave)



Homosexual  
Sin matrimonio  
Promiscua  
No procreadora  
Comercial  
Solo o en grupos  
Esporádico  
Intergeneracional  
En público  
Pornografía  
Con objetos manufacturados  
Sadomasoquistas

**Imagen 1. La jerarquía sexual: el círculo mágico versus los límites exteriores (Rubin 1989: 139)**

Es muy interesante resaltar y comentar la Imagen 1, que muestra la dicotomía jerarquizada de los valores sexuales. Hasta el momento solo habíamos comentado la sexualidad heterosexual como la norma, y el resto de manera bastante vaga. Y es que no solo está penada social y estructuralmente la homosexualidad, sino que hay una gran variedad de prácticas y maneras de relacionarse sexualmente (que pueden combinarse con prácticas homosexuales o heterosexuales) que también están marginadas. La imagen que vemos es el claro ejemplo. Y se podría extrapolar también al resto de identidades como la raza, la clase o la corporalidad. Siempre hay una parte de la categoría legítima y normativa y otras que residen en los márgenes.

En este caso concreto, en el de la sexualidad, vemos que sexo normativo, 'bien visto', legítimo y correcto está en contraposición dicotómica con el que no se considera normativo: heterosexual-homosexual, dentro del matrimonio-sin matrimonio, monógamo-promiscuo,<sup>27</sup> procreador-no procreador (como ya hemos comentado anteriormente, es decir, una sexualidad funcional, al servicio de la reproducción), comercial-no comercial (es decir, no se obtiene dinero a cambio de esa relación sexual). Aquí claramente aparece el tema de la pornografía y de la prostitución. Nos vamos a detener en este último, y vemos que el sexo a cambio de dinero parece ser una práctica en contra de lo establecido como legítimo, aunque no por ello automáticamente debemos creer que es algo

<sup>27</sup> Brigitte Vasallo, escritora y filósofa, reflexiona sobre la idea de abrir las fronteras en las relaciones actuales y romper con la monogamia como una forma de romper las normas del sistema y hacer política. Aboga por la posibilidad de que existan otras formas de relacionarnos afectiva y sexualmente, afirmando que al igual que la heterosexualidad, la monogamia también nos ha sido impuesta social y culturalmente. Ver: "La monogamia no es una práctica, es un sistema opresor", en *Eldiario.es*, 13 de febrero de 2019, accesible en [https://www.eldiario.es/sociedad/Brigitte-Vasallo\\_0\\_867563606.html](https://www.eldiario.es/sociedad/Brigitte-Vasallo_0_867563606.html)

positivo, solo porque se salga de la norma. Debemos profundizar un poco más, porque dependiendo del contexto y las circunstancias históricas y culturales, desafiar a la norma va a consistir en una cosa o en otra.

Como hemos comentado con anterioridad, el sexo en solitario (la masturbación) también ha estado deslegitimado y perseguido, por la no comprensión del sexo por el sexo, por el placer. Y todavía menos aceptado ha sido el sexo en grupo, visto como una forma de perversión. Así sucede con toda la lista de sexualidad ‘mala’ frente a sexualidad buena’, con el macho y la hembra como protagonistas de esta última, ya que los roles distintos a los tradicionales tampoco están aceptados.

Además del esencialismo sexual, existen como mínimo otras cinco escuelas ideológicas cuya influencia en el pensamiento sobre el sexo es tan fuerte que dejar de criticarlas equivale a quedar enredados en ellas. Son la negatividad sexual, la falacia de la escala extraviada, la valoración jerárquica de los actos sexuales, la teoría del dominó del peligro sexual y la ausencia de un concepto de variedad sexual benigna (Rubin, 1989, 134).

A raíz de la dicotomía ‘sexo comercial-sexo no comercial’ he querido resaltar unas citas de Emma Goldman, escritora anarquista, en su obra sobre la hipocresía del puritanismo, con la que se adentra en el mundo de la sexualidad de la mujer:

Se concede que una mujer es criada más para la función sexual que para otra cosa; no obstante se la mantiene en la más absoluta ignorancia sobre su preponderante importancia. Cualquier cosa que atañe a este asunto se le suprime con aspaviento, y la persona que intentara llevar la luz a estas espesas tinieblas, sería procesada y arrojada a la cárcel. Sin embargo, sigue siendo incontrovertible que mientras se continúe en la creencia que una joven no debe aprender a cuidarse a sí misma, ni debe saber nada acerca de la más importante función de su vida, no tiene que sorprendernos que llegue a ser fácil presa de la prostitución, o de otra forma de relaciones, que la reducen a convertirse en un mero instrumento sexual<sup>28</sup> (Goldman, 1977: 35).

Aquí Goldman no deja de estar de acuerdo con las autoras que he nombrado más arriba respecto a lo que significa la mujer y el papel que tiene en la escena de lo sexual respecto al hombre. Por otro lado, ella va más allá y habla del proceso sexual en hombres y mujeres y relaciona este último con la prostitución:

Generalmente la sociedad considera el proceso sexual del hombre como un atributo de su propio desarrollo viril; entre tanto, lo que idénticamente se realiza en la vida de la mujer es mirado como una de las más terribles calamidades: la pérdida del honor. Y todo lo que es bueno y noble en la criatura humana. Esta doble modalidad moral tuvo no poca participación en la creación y perpetuación de la prostitución. Ello entraña mantener a la juventud femenina en una absoluta ignorancia de la cuestión sexual, con el pretexto de la inocencia, junto con una represión anormal de los deseos genésicos, lo que contribuye a originar morbosos estados de ánimo, que nuestros puritanos particularmente ansían evitar y prevenir (Goldman, 1977: 36).

---

<sup>28</sup> Goldman no está a favor de la prostitución, pero en esta cita hace una crítica a la ignorancia sobre la sexualidad femenina por parte de las propias mujeres. Y dice que, debido a ello, se convierten en el instrumento sexual de los hombres. O bien a través del contrato del matrimonio, o bien a través de la prostitución.

Goldman nos habla de las dos opciones que tenían antes las mujeres para desarrollar su sexualidad: o vivir en la opresión o vivir en la prostitución. Muchas mujeres decidieron tomar el segundo camino para así poder ‘empoderarse’ de sus cuerpos y decidir cuándo y de qué modo vivirían su sexualidad; renegando así de la vida de casada y de madre, donde sabían perfectamente que lo que les esperaba era representar una figura pasiva tanto en lo social como en lo personal (en este caso en la sexualidad).

Por otro lado, el pensamiento de Kate Millett en *Política sexual* nos da muchas claves para entender cómo se forma y conforma la sexualidad.

Millett pretende deconstruir la heterosexualidad obligatoria o eliminar el coitocentrismo<sup>29</sup> como única forma de relacionarnos hombres y mujeres en lo sexual, explicando que todo esto consiste en una relación de poder. Para Millett “Las últimas pruebas recogidas sobre este punto señalan, sin lugar a duda, que la mujer posee, desde el punto de vista biológico, una capacidad sexual muy superior a la del varón, tanto en lo que atañe a la frecuencia del coito, como en lo que respecta a la frecuencia del orgasmo” (Millett, 2018: 218).

Por otro lado, destaca que el acto sexual se desarrolla en silencio, aceptando y adoptando ambos el rol que a cada uno le corresponde. Por todo esto, estamos ante una clara relación de poder, y no una relación sexual. Y con ello, podemos darle sentido y significado a la frase ‘lo personal es político’, todo es político en la sociedad, ya que esta está llena de relaciones de poder, incluso en este caso concreto como es el sexo, donde entra la estructura de dominación de los hombres sobre las mujeres; la política de la dominación entra en las casas y no hay absolutamente ningún espacio que se libre de ello. Lo que ocurre fuera, en la esfera pública, acaba reproduciéndose también en nuestras camas.

La autora aborda el tema del coito como algo cultural, donde la sexualidad es una categoría social impregnada de política, donde la sociedad te indica el rol que debes tener en la sociedad, y donde ocurre lo mismo con el sexo. Millett aporta como novedad que la presencia del carácter patriarcal y el dominio sexual también está en las relaciones homosexuales, y en todas en general, debido a que el patriarcado nos ha enseñado que en todas las relaciones debe haber una persona que ejerza el rol dominante y el poder. Y es por esto por lo que nos apela a cuestionarnos y reflexionar sobre la posibilidad de concebir la sexualidad de una manera diferente, para cambiar la estructura.

Por último, Millett nos habla de uno de los factores más relevantes que hace que se sostenga el sistema sexual establecido: la fuerza. Este método se usa constantemente en todas las sociedades. Otra forma de violencia que todavía hoy en día sufrimos las mujeres es que se nos impide el control

---

<sup>29</sup> El mito de la virginidad defiende que solo dejas de ser virgen cuando penetras (como hombre) o eres penetrada (como mujer) en una relación heterosexual. Esta idea estigmatiza a las mujeres y refuerza la idea de que dependemos y pertenecemos a los hombres en el ámbito sexual, porque tienen el poder de ‘darnos’ o ‘quitarnos’ algo que solo pertenece a nosotras mismas. Sin embargo, ese acto sexual es percibido como un sometimiento de la mujer, una entrega, lo que constituye una visión puramente patriarcal.

de nuestro propio cuerpo, como a la hora de abortar, o de sufrir una agresión sexual. Todas podemos ser víctimas de algo así, gracias a la socialización que se ha hecho de nosotras y de nuestros cuerpos.

Y hay que resaltar la violación como forma de violencia, donde la mujer es objetualizada y, además, el que más ofendido debe estar es el hombre al que esa mujer violada pertenece, porque se entiende como una usurpación de la propiedad. La violación es la imagen más ilustre de lo que es la política sexual.

Como conclusión a este apartado que llega a su fin, después de haber hecho un análisis del pensamiento de varias filósofas y escritoras feministas de un siglo a esta parte, podemos afirmar que las categorías sexo, género y sexualidad pueden operar de forma más o menos autónoma en determinadas ocasiones, pero están articuladas, y las tres están condicionadas por un factor común: el patriarcado y la normatividad. Podríamos afirmar incluso que la división social del sexo tiene como consecuencia la división de género, la heterosexualidad obligatoria, y la represión de la sexualidad de las mujeres.

Por otro lado, podemos aseverar que ni la pornografía ni el capitalismo son los únicos culpables de la existencia de este patriarcado ya que son históricamente posteriores (y, por lo tanto, son más una consecuencia).

Afirmamos que, aunque en el sistema patriarcal habitemos todos y todas, los que sin duda más lo reproducen, por miedo a perder sus privilegios, son los hombres, y destacamos la importancia de que la identidad masculina adquiere un papel central en la sexualidad.

Con ello, hemos analizado que lo femenino o no tiene cabida o no tiene valor, por lo que es necesario el doble de esfuerzo para que algo por parte de las mujeres sea reconocido.

Por último, mencionamos que las estructuras del patriarcado son injustas para todos y todas, incluso para los hombres, pues aunque ellos estén en la cúspide del orden jerárquico deben mantenerse dentro de esa línea que la masculinidad y el patriarcado les exige.

## Capítulo II. La aparente dicotomía entre lo público y lo privado

En este momento del desarrollo del trabajo, con los análisis ya expuestos sobre la construcción del género y de la sexualidad, nos ocuparemos a continuación de analizar cómo se dan las relaciones entre hombres y mujeres y cómo esto, siendo que aparentemente es algo perteneciente al ámbito privado en la vida de los individuos, se muestra como algo político y social de forma inmediata.

Veremos cómo la vida pública y la privada pueden aparentar ser mundos diferentes, pero en realidad las acciones de una repercuten en la otra, y lo que ocurre en una se refleja en la otra. Es importante ver cómo se articulan ambas, ya que como ya hemos indicado están interrelacionadas.

Analizaremos cómo el patriarcado está vinculado a formas de relación entre mujeres y hombres como el matrimonio, la familia, la reproducción. Reflexionaremos sobre cómo el patriarcado y sus dinámicas están relacionados con la actividad de la prostitución/trabajo sexual.

### 1. Crítica a la separación de los ámbitos público y privado

En la sociedad occidental a la que pertenecemos, desde de la modernidad hemos considerado la existencia de dos mundos separados y con un cierto grado de autonomía: por un lado, el mundo de lo público y, por otro lado, el mundo de lo privado. Estas son dos dimensiones aparentemente contrarias y segregadas. Sin embargo, a lo largo del desarrollo de la teoría feminista, se ha evidenciado la gran relación existente entre ambas, además de que la una le da sentido a la otra y viceversa, y por ello se retroalimentan.

Tradicionalmente, y como hemos visto en el apartado anterior, la dicotomía público/privado se asociaba directamente con los roles de hombre y de mujer respectivamente. Como ya hemos visto en el cuadro anteriormente expuesto sobre la construcción del género,<sup>30</sup> a los hombres se les asocia con lo social, la vida fuera de casa, el trabajo, etc. Y, por el contrario, a las mujeres se las relaciona con el ámbito doméstico, la intimidad, el cuidado de la familia, etc. Esta división parece bastante clara, sin embargo, hay instituciones y estructuras en nuestra sociedad que consideramos del ámbito privado, aunque son un reflejo del ámbito público, que además se articulan en torno a la subordinación y opresión de la mujer.

A partir de la división de los sexos y de lo que se considera ‘ser hombre’ y ‘ser mujer’ se establece el contrato social, y a raíz de este, se establecerán el resto de contratos. La institución patriarcal que impera o imperaba en gran parte<sup>31</sup> de nuestra sociedad es por excelencia la de la familia. Y estas familias se conforman a través del contrato matrimonial. Para entender el contrato matrimonial,

---

<sup>30</sup> Ver página 16 de este trabajo.

<sup>31</sup> Es cierto que a partir de las últimas décadas hemos estado viendo una evolución social a través de los nuevos modelos de familias que se forman en nuestro país (y que podríamos extrapolar a la sociedad occidental en general). Ver: *Los nuevos modelos de familia española*. 2010. <https://www.20minutos.es/noticia/631685/0/nuevas/familias/ejemplos/>

primero tenemos que acudir a otro tipo de contratos precedentes como el contrato originario, que es tanto sexual como social, pero igualmente patriarcal: “el contrato establece el derecho político de los varones sobre las mujeres y también es sexual en el sentido de que establece un orden de acceso de los varones al cuerpo de las mujeres” (Pateman, 1995: 11).

El contrato original crea la ley del derecho sexual masculino. Por un lado, otorga al padre el derecho de procrear y de poseer a ese hijo, y por otro lado el derecho conyugal y a poseer a una mujer: “El poder de un hombre en tanto padre deviene luego de que haya ejercido el derecho patriarcal como hombre (esposo) sobre una mujer (esposa) (Pateman, 1995: 12).

Lo que ocurre es que dentro del contrato original existen dos contratos: el social, relacionado con la esfera pública y las relaciones sociales que se dan en este terreno, y el sexual-matrimonial, al que no se le presta tanta atención, porque al pertenecer a la vida privada, se lo considera irrelevante: “Ignorar el contrato matrimonial es ignorar la mitad del contrato originario” (Pateman, 1995: 12).

De esta manera, el patriarcado no parece tener relevancia en la esfera pública, cuando realmente la esfera pública está articulada por el patriarcado. Además, las mujeres no aparecen dentro de este contrato sino que simplemente son el objeto del contrato, con lo que se comercia, su mercancía.<sup>32</sup> Y es importante que se tenga en cuenta este contrato sexual porque está relacionado con otros de carácter social: “existe la necesidad de considerar si existe o no alguna conexión entre el contrato matrimonial y otros contratos que involucren a las mujeres” (Pateman 1995: 13). Por ejemplo, decía Pateman que una de las consecuencias de que este contrato se ignorase era que las violaciones dentro del matrimonio no se contemplaban, se negaba que existieran.

Ya hemos comentado que las mujeres no forman parte de ese contrato original, aunque tampoco forman parte del estado de naturaleza. Forman parte de la esfera privada, que forma parte de la sociedad civil, pero está separada de la ‘esfera civil’ (Pateman, 1995). Es decir, las mujeres no forman parte de lo político, y por lo tanto no pueden ser sujetos de la sociedad, sino objetos, al igual que ocurre en el contrato sexual. Sin embargo, los hombres tienen presencia en ambas esferas, la pública, como ya hemos explicado, pero también en la privada, es decir, en el matrimonio y el sexo.

Las mujeres se comprometen en relaciones sexuales con los varones y son esposas antes de convertirse en madres de familia. La historia del contrato sexual se centra en relaciones (hetero)sexuales y en las mujeres en cuanto que seres sexuados encarnados. La historia ayuda a comprender los mecanismos mediante los cuales los hombres afirman el derecho de acceso sexual a los cuerpos de las mujeres y reclaman el derecho de mando sobre el uso de los cuerpos de las mujeres. Más aún, las relaciones heterosexuales no están confinadas a la vida privada (Pateman, 1995: 29).

---

<sup>32</sup> Esto podríamos compararlo con la situación de la sociedad actual, donde en muchas instituciones las mujeres no aparecemos y si lo hacemos es de forma subyugada. En general, la posición social de las mujeres no está equiparada con la de los hombres, y es un reflejo de lo que ocurre tanto en el contrato social como en el sexual.



El hecho de que el patriarcado se perciba como un problema del ámbito privado, además de ser un error, es cuestión de preocupación. Porque es precisamente el modo patriarcal de organización de la sociedad el que nos dice qué debe descansar en la esfera privada y por qué. Y es precisamente todo lo que concierne al sometimiento de la mujer. Y no es un problema privado, sino de ámbito social, porque no era un hecho aislado que sucediera en un hogar concreto, sino que era (y en cierto modo, todavía es) la manera en la que se articula nuestro modo de vida y nuestra sociedad.

Además de tener poder sobre su esposa, el hombre tiene poder también sobre sus hijos e hijas; de ahí la palabra patriarcado.<sup>33</sup> En la estructura patriarcal, se le otorga todo el poder al padre en lo que a la institución de la familia se refiere. Es el centro y la referencia de toda autoridad, por ello, a pesar de que el matrimonio esté formado por el hombre y la mujer: “el derecho conyugal queda, en consecuencia (de este poder), subsumido bajo el derecho del padre” (Pateman, 1995: 42).<sup>34</sup>

Pero si queremos acudir, al origen del patriarcado en Occidente, tenemos referencias de la antigua Mesopotamia entre el 6000 y el 2000 a.C. (Millett, 2018). Y una de las teorías que más se sostienen es la del intercambio de mujeres, sobre el que teorizó Lévi-Strauss o como lo llamaría Gayle Rubin en su análisis: ‘el tráfico de mujeres’. Esta teoría se forma a partir de diferentes fuentes epistemológicas para investigar sobre la génesis de la opresión y subordinación de las mujeres. Rubin afirma que los sistemas de parentesco (como el contrato matrimonial) reproducen formas concretas de sexualidad, y a raíz de ahí identifica una circulación de mujeres para que esto se pueda llevar a cabo con éxito en beneficio de los hombres.

Rubin dice que “el parentesco es el idioma de la interacción social que organiza la actividad económica, política y sexual (...) Aquí suceden una serie de intercambios de bienes, servicios y producción. La invención del matrimonio junto con la del lenguaje marcan el desligamiento entre homínidos y humanos” (Rubin, 1986: 106).

Engels teorizó acerca del origen de la familia, y por su parte sí integra el sexo y la sexualidad en su teoría de la sociedad, y alega que sexualidad y reproducción deben ir por separado. Él diferencia el patriarcado del sistema sexo-género y alega que el fin de la opresión es posible. Además, dice que el patriarcado es una forma específica de dominación masculina.<sup>35</sup>

---

<sup>33</sup> Existe controversia acerca del significado exacto de la palabra. Se refiere a una forma concreta de poder político, pero también significa, literalmente: ‘regla del padre o derecho del padre’. Lo que sí es cierto es que inicialmente se entendían como relaciones patriarcales las relaciones de familia, pero ahora se entiende como una característica universal de la sociedad humana (Pateman, 1995).

<sup>34</sup> Los hijos, las hijas y la mujer están subyugados al padre hasta el punto de que es el apellido paterno el que toman los hijos y las hijas y en la mayoría de países y culturas también la mujer a costa de su patronímico, quitándole a esta toda identidad. A veces, se llega más allá y se trata a las mujeres como ‘señora de [apellido del marido]’, en algunos casos en detrimento del nombre de pila, evidenciado que es una propiedad y a quién pertenece esta.

<sup>35</sup> El pensamiento de Marx también es importante para entender el patriarcado, ya que podríamos decir que este autor formó parte de él. Marx ve a las mujeres únicamente como mano de obra de reserva. Da una gran relevancia a la dicotomía obrero-capitalista, pero nunca llega a valorar ni a desarrollar una crítica sobre la situación en la que se encuentra la mujer respecto al hombre: empleando su mano de obra que no tiene recompensa económica ninguna en el beneficio de los hombres, a los que sí valoraba Marx como clase trabajadora, ya que eran los que conseguían la

La autora, Rubin, defiende que los sistemas de parentesco existen en todas las sociedades pero que estos varían dependiendo de aquella en la que nos encontremos, marcando las normas sobre con quiénes nos podemos casar y con quiénes no. En nuestra sociedad, Lévi-Strauss teorizó sobre el origen de la sociedad humana con lo que él llama “la configuración del intercambio de mujeres”.

Rubin afirma que en este sistema se establece el tabú del incesto, a través del cual se prohíbe contraer matrimonio entre padres e hijas y entre hermano y hermana. Es aquí donde vemos el patriarcado actuar de una manera clara: intercambiando a las mujeres como si fueran objetos, como un auténtico regalo porque, en realidad, las mujeres pertenecen a los padres de la familia, y ellos como patriarcas y dueños de estas tienen poder y mandato sobre ellas. De esta forma, se intercambia a una mujer de su familia, por una mujer de otra familia y así poder dar lugar al contrato matrimonial, para la formación de una nueva familia, siendo así alcanzado el objetivo de este sistema: la apropiación de las mujeres y de sus hijas e hijos. Lévi-Strauss afirma que:

La ley de exogamia constituye sobre la base única posible el libre acceso para cada individuo a las mujeres del grupo... todos los hombres están en igualdad de condiciones de competir por todas las mujeres. Ningún hombre puede acceder a su madre o a su hermana, pero puede acceder a la hermana de otro hombre y esto es así para todos los hombres. Cada hombre puede tener acceso sexual a una mujer y evitar la soltería, una de las dos grandes «calamidades sociales» (Pateman, 1995: 156).

De esta manera se formará lo que es más importante de todo: la generación de un sistema de parentesco. Lévi-Strauss escribe que en el matrimonio la “mujer figura sólo como uno de los objetos de intercambio, no como una de las partes entre las que el intercambio tiene lugar” (Rubin, 1986: 96). Y, como en toda organización, aquí también se les otorga el poder a los hombres: la relación del intercambio de mujeres no se da entre hombres y mujeres, sino que se da únicamente entre hombres.<sup>36</sup>

En el contrato de matrimonio, el «intercambio» entre las partes es aún más curioso ya que sólo está implicando un «individuo» propietario de su persona (...). Lévi-Strauss, quien lejos de ver por separado al contrato matrimonial y al de intercambio los integra de una manera, por cierto, contradictoria cuando proclama que «el matrimonio es el arquetipo de intercambio». Y de acuerdo con Lévi-Strauss, lo que se intercambia durante la realización del contrato de matrimonio es una forma singular de propiedad, la más preciosa categoría de bienes, las mujeres». Se intercambia a las mujeres como se intercambian palabras (Pateman, 1995: 85).

Al igual que Paterson, Rubin también afirma que en el contrato sexual existe el derecho sexual del hombre a acceder al cuerpo de la mujer, pues estas no tienen derecho sobre sí mismas. Lévi-Strauss habla del intercambio de mujeres como principio del parentesco, y la subordinación de las mujeres

---

plusvalía. De lo que no era consciente él era de que las mujeres estaban sirviendo también al capitalismo de forma indirecta: lavando, haciendo la comida, etc.

<sup>36</sup> Es cierto que existe también un tráfico de hombres, pero no como tal, sino como esclavos, deportistas o siervos, por ejemplo (Rubin, 1986: 111). Las mujeres son traficadas simplemente como mujeres.

como consecuencia de la organización sexo-género; y a su vez, y como consecuencia de esto último, de la división sexual del trabajo (el hombre en el ámbito público y la mujer en el ámbito privado), alegando que es un constructo social. Lévi-Strauss asegura que la unión entre hombres y mujeres es la clave para asegurar la actividad y unidad económica; porque al realizarse esta unión y a la vez esta división de roles y tareas es posible mantener el sistema.

A continuación analizaremos cómo el contrato matrimonial se compara con dos tipos de contratos. De una parte, la teoría marxista compara el contrato matrimonial con un contrato de trabajo:

(...) en el sentido técnico marxista de la extracción de la plusvalía cuanto en el sentido más popular de que a los trabajadores no se les paga un salario justo por su labor y sobrellevan su trabajo en condiciones inadecuadas, o que las esposas no reciben salario por toda su tarea en el hogar, o que las prostitutas son ultrajadas y objeto de violencia física” (Pateman, 1995: 18).

Esta teoría compara a los capitalistas que explotan a los trabajadores con los maridos que explotan a las esposas. Ambos están subordinados y en condiciones de desigualdad respecto a sus superiores. De igual manera que el capitalista posee un obrero, un marido posee a una mujer. Se objetualiza a las personas porque no tienen la misma personalidad jurídica unas y otras.

Y, de otra parte, el contrato matrimonial, cuando el matrimonio ha tenido hijos e hijas, se compara con la relación amo-esclavo.<sup>37</sup>

La mujer conquistada queda sometida en la calidad de «sierva». Todos los siervos están sujetos al derecho político del amo. El amo es, entonces, amo también de los hijos de la mujer-sierva pues es amo de todo lo que sus sirvientes poseen. El poder de un amo sobre todos los miembros de la «familia» es un poder absoluto (Pateman, 1995: 70).

De esta manera, la mujer queda todavía más subyugada a los hombres. Primero a su esposo y después también a su hijo.<sup>38</sup>

Finalmente, la postura de que la mujer es la esclava del marido acaba teniendo más relevancia y presencia en el pensamiento de las autoras que reflexionan acerca de este tema, debido a que las mujeres no escapan ni un solo minuto de su vida de esas obligaciones que la esfera privada les

---

<sup>37</sup> Con este tratamiento de esclava hacia la mujer, lo que se pone en evidencia es la minoría de edad con la que se trata a las mujeres, infantilizándolas.

<sup>38</sup> Todo ello nos hace sospechar que quizás por esta razón todavía el sistema nos insiste en formar una familia y aboga por la idea de tener muchos hijos e hijas y de que exista una alta y creciente natalidad. Para conservar a las mujeres en una posición inferior a la de los hombres quedando relegadas al ámbito privado: el hogar y la crianza de los hijos e hijas. Porque a pesar del desarrollo social, siguen siendo las mujeres las que cargan con todo el trabajo. Ver “La economía de los cuidados: Quién cuida y quién prepara la cena como problema social”, La Vanguardia, 2019, accesible en <https://www.lavanguardia.com/vanguardia-dossier/20191009/47872496945/feminismo-igualdad-mujeres-hombres-tareas-del-hogar-tareas-domesticas-baja-paternal.html>

impone. Es decir, comparten su vida con el ‘amo’, y además de los servicios domésticos, deben entregarles también su propio cuerpo:

Un esclavo es diferente de otros trabajadores porque legalmente es propiedad del amo. Un esclavo cesa de ser persona para convertirse en una cosa, *res*, un bien que puede ser comprado y vendido como cualquier otro tipo de propiedad. El amo es dueño no sólo de su trabajo, o de los servicios de la fuerza de su trabajo como esclavo sino del esclavo mismo. Así una definición suscrita de esclavo afirma que «su persona es propiedad de otro hombre, su voluntad está sujeta a la autoridad de su dueño y su trabajo o servicios se obtienen por coerción» (Pateman, 1995: 90).

Contrastemos esta definición del esclavo frente a la del ama de casa:

Una ama de casa no es un trabajador que se ubica fuera del lugar de trabajo y que está sometida a su marido; no es un «trabajador» en absoluto. El trabajo del ama de casa –el trabajo doméstico– es el trabajo de un ser sexualmente sometido que carece de jurisdicción sobre la propiedad de su persona, que incluye la fuerza de trabajo. Pero la venta de la fuerza de trabajo, a diferencia de la venta del trabajo o de la persona, es lo que hace que un hombre sea un trabajador libre: su capacidad para alienar una porción de su propiedad a cambio de un salario es lo que distingue al trabajador asalariado, según se sostiene, de los trabajadores no-libres y de los esclavos. Una ama de casa no aliena su fuerza de trabajo a su esposo. No se le paga un salario –no hay señal de intercambio libre– porque su esposo tiene dominio sobre el uso de su trabajo en virtud del hecho de que es un varón. El contrato de matrimonio es un contrato de trabajo pero en un sentido muy diferente del contrato de empleo. El contrato de matrimonio es sobre el trabajo de las *mujeres*; el de empleo es sobre el trabajo de los *varones* (Pateman, 1995: 189).

Pateman afirma que las mujeres, a cambio de ofrecer estos servicios, buscan protección y seguridad para sus vidas: “Cuando una mujer se convierte en «esposa» su marido obtiene el derecho de acceso sexual a su cuerpo (alguna vez denominado “derecho conyugal» en el lenguaje legal) y ella sus labores de ama de casa” (Pateman, 1995: 161).

Con este argumento se puede explicar también por qué a los hombres en la guerra los matan y a las mujeres no: para hacerlas sus esclavas, en todos los ámbitos, en el hogar y por supuesto también en el ámbito sexual (violaciones). Porque se nos considera un territorio de conquista más que poseer y del que poder beneficiarse. Se nos despersonifica totalmente. Actualmente, deja incluso de ser un efecto colateral de la guerra y pasa directamente a ser el objetivo.<sup>39</sup>

Sobre el acuerdo del contrato matrimonial, dice Pateman que todos los contratos han de ser firmados, y así se hace con el del matrimonio; sin embargo, el contrato sexual no se firma, y eso es porque las relaciones conyugales se presuponen pertenecientes al ámbito privado, factor que no es así. “Las relaciones conyugales son presentadas como naturales y privadas y de este modo la ley del derecho sexual del varón y del contrato sexual desaparecen por completo” (Pateman, 1995: 155).

---

<sup>39</sup> Ver Rita Laura Segato, “Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres”, *Revista Sociedade e Estado*, 29, 2, mayo/agosto, 2014, accesible en <http://www.scielo.br/pdf/se/v29n2/03.pdf>

Las mujeres, como ya hemos dicho, no forman parte del contrato porque no se las considera como un igual, sino como una posesión de un hombre que debe entregar a otro hombre:

Las mujeres no pueden participar porque su naturaleza les impide esta posibilidad. Una vez que se ha establecido un sistema ordenado de matrimonios, sin embargo, las mujeres no son meramente objetos de intercambio, las mujeres no son meramente signos de valor o propiedad que puede ser intercambiada como cualquier otra propiedad material. Las mujeres son parte del contrato de matrimonio (Pateman, 1995: 157).

Aquí podemos apreciar perfectamente la comparativa de amo-esclavo cuando se trata de hombres y mujeres. Pues los hombres se intercambian a las mujeres como se hacía con los esclavos.

En el contrato sexual, los hombres disponen del cuerpo de las mujeres, pero a veces este le permite a la esposa disfrutar del placer igual que lo hace él, aunque este siempre estará a disposición y bajo la tutela del hombre. Thompson afirma que “No obstante, el placer de la esposa depende enteramente de la benevolencia del esposo y de lo que él haga o no, de lo que *le permita* hacer o no. (...) Una esposa puede ser excluida del intercambio social e intelectual, de los placeres (...)” (Pateman, 1995: 220).

Otros autores y filósofos como Kant también teorizaron sobre el matrimonio. Para él este contrato conlleva un acceso legítimo a la propiedad sexual de la otra persona. Él aboga por la idea de que el contrato matrimonial es puramente sexual. Ya que, si es la unión de dos personas de diferente sexo, es lógico que el trasfondo sea sobretodo de intencionalidad sexual. Además, la unión se va a dar (supuestamente) para toda la vida. Pero este autor subraya que el derecho no es al cuerpo del otro, sino que el derecho es solo por parte del sexo masculino. Kant tiene una idea patriarcal respecto a este tema, ya que afirma que: “las mujeres en general (...) no tienen personalidad civil, y su existencia es, cabe decir, puramente inherente. Deben, por lo tanto, mantenerse alejadas del Estado, deben estar sometidas a sus maridos –sus amos– en el matrimonio” (Pateman, 1995).

Afirma que sólo se puede tener posesión de la sexualidad y del propio cuerpo cuando tienes personalidad jurídica, y civil, por lo tanto, las mujeres, al no disponer de esta última, tampoco disponen de la primera, y por ello les pertenecen a sus maridos. Con lo cual, aquí el matrimonio se vincula en algún sentido al trabajo sexual o prostitución. Solo que en el matrimonio el contrato sexual es permanente y no eventual como en el caso de la prostitución.

Pateman también aludió a este concepto enunciando que otros servicios previstos hasta el presente en el matrimonio deberían contratarse también en el mercado, que un mercado universal de cuerpos y servicios reemplazaría al matrimonio. La lógica del contrato es que el matrimonio debe ser suplantado por contratos de acceso a la propiedad sexual. Tal matrimonio daría lugar a la *prostitución universal* (Pateman, 1995: 254).

Millett habla sobre la familia y afirma que “el ideal de familia patriarcal y el prototipo de la nuestra se remontan a la familia romana, de la que derivan tanto la denominación como las normas legales

que se utilizan en el mundo occidental” (Millett, 2018: 231). La autora trata las ideas de Engels, que afirman lo siguiente:

Ese ideal compuesto de sentimentalismo y lucha doméstica que encarna para la mentalidad reaccionaria. Entre los romanos ni si quiera se aplicó en un principio a la pareja principal y a sus hijos, sino tan solo a los esclavos. Fámulo quiere decir esclavo doméstico, y familia, el conjunto de esclavos que pertenecen a un solo hombre (...). El término familia fue creado por los romanos para designar un nuevo cuerpo social, cuyo jefe ejercía sobre su mujer, sus hijos y sus esclavos la autoridad paterna y un derecho absoluto, de acuerdo con las leyes romanas (Millett, Engels, 2018: 231).

Engels intenta evidenciar que es sorprendente que la institución de la familia, y del contrato matrimonial, todavía siguiera vigente en esos días, y sigue hoy en día también. A pesar del desarrollo social e histórico de las relaciones, esta se conserva, porque el patriarcado y su estructura ostentan un gran poder que hace que el sistema sea casi inmóvil en determinados aspectos.

En algunos sectores de la sociedad actual todavía podemos observar con nitidez cómo se realiza ese intercambio de mujeres como si de dádivas se tratara. En algunos colectivos que preservan mucho las tradiciones se realiza una pedida de mano del novio al padre de la novia, con el necesario ‘consentimiento’ previo de ella, pero en la que se efectúa una entrega del padre al novio. La pedida de la mano simboliza la petición de la transferencia de propiedad del cuerpo de la mujer, ya que es ese elemento el que va a utilizar durante el matrimonio para complacer sus necesidades sexuales, como obra de mano esclava para realizar las tareas del hogar, y para gestar y dar a luz a sus hijos e hijas.

Además, vemos que, en este caso concreto, la sexualidad de la mujer está enormemente controlada y estigmatizada por el entorno, pues únicamente se exige a las mujeres que lleguen vírgenes al matrimonio (como algo nuevo a estrenar, en la misma condición que nos gusta encontrar los regalos que percibimos o los objetos que compramos).

Podemos decir que la familia (perteneciente a la esfera privada) y la sociedad civil (perteneciente a lo público) no son ámbitos idénticos, pero, sin embargo, están íntimamente interrelacionados. Si nos preguntamos cuál es la forma de salir de esta situación de esclavismo de la esposa ante el marido, y cómo sería posible desarticular el sistema patriarcal que sustenta todo ello, a pesar de tener gran relevancia la posibilidad de que la mujer alcance una independencia económica y una serie de derechos civiles y políticos, el análisis nos indica que esta no es en absoluto la solución total, pues quedan todavía muchas más esferas pendientes para las mujeres.

Porque sigue imperando el sistema categórico de sexo-género. Y que hace que el patriarcado no se consiga vencer, sino que este simplemente se ha adaptado a las circunstancias; al contexto y a la época, y se ha transformado para seguir habitando y articulando la sociedad.

En “The Subjection”, Mill sostiene que la relación entre hombres y mujeres, o más específicamente entre maridos y mujeres, constituye una injustificada e injustificable excepción de los principios

liberales de libertad e igualdad individual, libre elección, igualdad de oportunidades y asignación de ocupaciones en función del mérito, principios que en su opinión reglan otras instituciones sociales y políticas (...). La argumentación de Mill iba dirigida contra los poderes legalmente prescritos de los maridos, que les conferían a una posición de amo/esclava respecto a sus mujeres. La reforma legal debería transformar la familia que convertiría una ‘escuela de despotismo’ en una ‘escuela de compasión y de igualdad’, en una ‘verdadera escuela de libertad’ (Pateman, 1996: 14).

Por todas estas razones expuestas, podemos decir que el matrimonio es una institución importante en nuestra sociedad, principalmente porque el poder supuestamente natural de los hombres como individuos se expande a todos los aspectos de la vida civil. Son las mujeres las que están sometidas tanto en la vida pública como en la privada, porque el poder patriarcal abarca todo el ámbito social. Y por ello los hombres disfrutan del libre acceso al cuerpo de las mujeres, porque la esfera pública legitima el matrimonio, y el matrimonio implícitamente legitima el contrato sexual, perteneciente a la esfera privada. Con lo cual, ambas esferas se retroalimentan.

## **2. La prostitución o trabajo sexual como efecto**

Llegados a este punto del trabajo, podemos afirmar que las relaciones que existen entre hombres y mujeres tal y como las conocemos en la sociedad actual, además de construidas culturalmente, están basadas en contratos. A lo largo del epígrafe anterior hemos analizado el contrato matrimonial y el contrato sexual, y en las páginas sucesivas nos plantearemos los otros contratos que existen entre hombres y mujeres y la relación que se da entre ellos.

Ciñéndonos a la época actual, el contrato más evidente y reconocible es el de la prostitución.<sup>40</sup> Este es un contrato que no nos cabe duda de que no existiría ni podría haberse llegado a articular de la manera en la que hoy lo conocemos sin todos los contratos precedentes.

Si nos remontamos a los orígenes del fenómeno de la prostitución, debemos indagar en el significado y origen de la palabra y la profesión de prostituta / trabajadora sexual –aunque haya ido adquiriendo diferentes acepciones a lo largo del tiempo– y cómo se explica y se desarrolla la idea que se tiene en torno a todo ello.

La mayoría de los debates dan por supuesto que el significado de «prostitución» es auto-evidente: «creemos saber muy bien qué queremos decir cuando utilizamos el término». Para trazar una clara línea entre la prostituta ocasional y la que la ha adoptado como profesión en nuestra sociedad no es siempre fácil, sino que muy diferentes actividades en un amplio espectro de culturas y en períodos históricos diferentes aparecen agrupados juntos. Una de las afirmaciones más persistentes es que la prostitución (como el patriarcado) es una característica universal de la vida humana, una afirmación que se resume en la sentencia de que «es la profesión más antigua». Este lugar común se utiliza para referirse a un amplio espectro de fenómenos culturales desde la antigüedad hasta el presente que todos ellos son denominados «prostitución». De este modo, por ejemplo, un contractualista defensor de la prostitución sostiene que «la prostitución comercial en un sentido estricto moderno» se desarrolló a partir de la antigua prostitución de los templos. El mismo significado social es atribuido a actividades tan dispersas como la prostitución en los templos de la antigua Babilonia, la

---

<sup>40</sup> La Real Academia de la Lengua Española (RAE) define el término prostitución como: Acción y efecto de prostituir. / Actividad a la que se dedica quien mantiene relaciones sexuales con otras personas, a cambio de dinero.

venta del cuerpo por mujeres indigentes a cambio de comida para ellas y sus hijos (...) (Pateman, 1995: 269).

Lo que sí que sabemos es que la actividad de la prostitución ha ido ligada a la existencia del patriarcado y a las armas que este tiene contra las mujeres y su sexualidad. En ocasiones, como vemos en la cita anterior, el patriarcado ha utilizado los cuerpos de las mujeres como forma de comerciar. Si las mujeres más desfavorecidas querían que sus hijos e hijas comieran, ponían a disposición del varón su cuerpo a cambio de dinero.<sup>41</sup> Sin embargo, en el siguiente cuadro comprobaremos cómo se establece una línea que establece la diferencia entre la mujer esposa y la no esposa; las mujeres no integradas en el matrimonio sean o no prostitutas de profesión son denigradas ya que alteran el orden familiar patriarcal.

<b>Esposa-madre</b>	<b>Prostituta</b>
Asexual	Hipersexual
Doméstica	Salvaje
Dependiente	Independiente
Buena	Mala
Decente	Indecente
Fiel	Promiscua
Virtuosa	Viciosa
Discreta	Descarada
Casta	Impura
Burguesa	Obrera
Ligada a lo doméstico	Ligada a lo público
Madre	No madre (simbólicamente)
No migrante	Migrante

**Tabla 2. Características de la esposa frente a la prostituta (Villa, 2010: 160)**

La tabla que vemos divide a las mujeres en dos espacios diferentes, ejerciendo así un control sobre su sexualidad. Antes hemos analizado el papel de la mujer dentro del matrimonio y de la familia, donde sus características más reseñables deben ser las de casta, fiel, dependiente del hogar y su familia, asexual, etc. Y, por otro lado, y en contraposición a esta figura, nos encontramos con la mujer prostituta, a la que, ejerza o no esta actividad, se la criminaliza de igual manera por no cumplir con los roles reservados a la mujer (esposa y madre). En la otra columna de la tabla leemos características como hipersexual, independiente, impura, viciosa, etc., adjetivos todos ellos que demonizan a la mujer por el hecho de no cumplir con su papel como tal.

---

<sup>41</sup> Esta situación se puede asemejar a la que vivimos en la actualidad con cierta vertiente de la prostitución en la cual las mujeres precarias de clase trabajadora realizan este trabajo para poder sobrevivir.



Este cuadro nos explica que en el siglo XIX<sup>42</sup> la mujer que no era esposa y madre era una mala mujer: “Como prostitutas, las mujeres abiertamente comercian con sus cuerpos y como trabajadoras (a diferencia de la esposa) se les paga a cambio” (Pateman, 1995: 261). Se les adjudican una serie de categorías, no negativas si las analizamos y las vemos desde una perspectiva feminista, pero que sí criminalizaban a la mujer, tanto la sociedad como el Estado, por no desempeñar el papel que se espera de ellas y que les corresponde. Se las inserta directamente en la categoría de prostituta por no depender de un marido, por disfrutar del sexo, y por además hacer gala de todo ello. Estaba (y está) muy claro lo que es ‘correcto’ y lo que es ‘incorrecto’. No existía ni existe una palabra igual de despectiva aplicable al varón que ejerciera las mismas actividades, más bien al contrario, esta actitud refuerza la masculinidad y con ella la identidad de ‘ser hombre’.

Por otro lado, en contraposición con la visión dicotómica entre prostitución y matrimonio, existen teorías que afirman que más que una clara separación, hay una relación muy evidente. Simone de Beauvoir ve a la esposa como “alquilada de por vida a un varón, la prostituta tiene varios clientes que pagan cada vez. La primera está protegida por un varón contra todos los otros, la segunda está defendida por todos contra la tiranía exclusiva de cada uno” (Beauvoir, 2018).

Beauvoir aparece como una de las primeras feministas que nos presenta el matrimonio como la primera forma de prostitución, solo que, al estar institucionalizado, no se concibe como tal. A nuestro modo de ver, la filósofa francesa tenía razón, pues que una prostituta obtuviera una compensación económica por una relación sexual concreta, y una esposa obtuviera la protección económica de su esposo a cambio de que este tuviera disponible su cuerpo en lo que a la sexualidad se refiere, puede ser semejante salvo por el período de tiempo. El de la primera es más corto y concreto con cada hombre, y el de la segunda se produce desde que se casa hasta el fin del matrimonio.

Además, la palabra ‘prostituta’ la encontramos si buscamos el significado de ‘mujer pública’.<sup>43</sup> Es decir, vemos cómo la mujer abandona su posición en la esfera privada, donde tiene la función de servir y complacer a un solo hombre, y transgrede y trasciende la esfera privada, donde su cuerpo está disponible para el acceso, igualmente de varones, que deseen poseer ese cuerpo. Se sobreentiende que no está casada y por lo tanto no pertenece a nadie.

Por ello los hombres no tienen en el mismo nivel de consideración a una prostituta/trabajadora sexual. Porque no es propiedad de un individuo en concreto, sino que es algo (se entiende de esta manera, como un bien por el que realizar un intercambio) público. Únicamente deben hacer uso de esa ‘mujer pública’ porque su deseo como varón se lo sugiere así. Esta última idea tiende a naturalizarse: “La afirmación de que la prostitución es una característica universal de la sociedad humana descansa no sólo en el *clisé* de «la más antigua profesión» sino también en el presupuesto

---

<sup>42</sup> “Hasta la última parte del siglo XIX (...) las prostitutas eran parte casual de las trabajadoras pobres. Las mujeres de esta clase entraban y salían de la prostitución como entraban y salían de otras formas de trabajo. Las prostitutas no eran vistas como una clase especial de mujeres, ni se las aislaba de otras trabajadoras o comunidades de trabajadoras, no había una “profesión” especializada en tanto que prostitución”. (Pateman, 1995: 270).

<sup>43</sup> Definición obtenida de la Real Academia de la Lengua, accesible en: <https://dle.rae.es/mujer>

ampliamente difundido de que la prostitución se origina en la urgencia sexual natural del varón” (Pateman, 1995: 273).

En la misma línea de la idea de Beauvoir, Pateman también alude a la prostitución como un contrato similar al del matrimonio.

El contrato laboral y el (que denominaré) contrato de prostitución, ambos forman parte del mercado capitalista público y sostienen el derecho de los varones tan firmemente como el contrato matrimonial. Las dos esferas de la sociedad civil son, a la vez, separadas e inseparables. El ámbito público no puede ser comprendido por completo en ausencia de la esfera privada, y de modo similar, el significado del contrato original se malinterpreta sin ambas mitades de la historia, mutuamente interdependientes. La libertad civil depende del derecho patriarcal (Pateman, 1995: 13).

La antropóloga Paola Tabet argumenta sobre la época actual y la estrecha relación que existe entre matrimonio y prostitución, “ya que en ambas instituciones existirían «intercambios económicos y sexuales entre mujeres y varones». La diferencia es que en el matrimonio las mujeres proporcionan también otros servicios, mientras que en la relación prostitucional se limitan a los servicios sexuales” (Chejter, 2016: 60-61). Tabet concibe además otras diferencias en la relación de la prostitución como la duración o el tipo de relación que se pacte.

Estas dos autoras, Beauvoir y Tabet, comparten una línea de pensamiento muy similar. Ambas hablan de la mujer como ‘cuerpo’ del que el varón obtiene placer sexual. La diferencia más reseñable para ambas es que una relación es ‘legítima’ y la otra no. Y por ello la mujer casada es respetada como persona, porque se entrega a un solo hombre a través del contrato matrimonial. Sin embargo, la prostituta no se entrega con totalidad a nadie, y por ello es tratada de forma inferior, como una esclava. Incluso se llegan a hacer comparaciones con el hogar, la casa familiar y el burdel.

Goldman, por su parte, habla sobre el matrimonio y la razón de obligación social que existía y existe para contraerlo.

El matrimonio y el amor nada tienen de común; uno y otro están distantes, como los polos; en efecto, son completamente antagónicos. No hay duda que algunas uniones matrimoniales fueron efectuadas por amor; pero más bien se trata de escasas personas que pudieron conservarse incólumes ante el contacto de las convenciones. Hoy en día existen muchos hombres y mujeres para quienes el casarse no es más que una farsa, y solamente se someten a ella para pagar tributo a la opinión pública. De todos modos, si es verdad que algunos matrimonios se basan en el amor y que también este puede continuar después en la vida de los casados, sostengo que eso sucede a pesar de la institución del matrimonio. (...) El matrimonio, por lo pronto, es un arreglo económico, un pacto de seguridad que difiere del seguro de vida de las compañías comerciales, por ser más esclavizador, más tiránico. Lo que devenga, es completamente insignificante con lo que se invistió. (Goldman, 1977: 42)

Pateman vuelve a nombrar la prostitución en su obra, y lo hace siempre refiriéndose a ella como una forma de negocio.

Se defiende la prostitución como un negocio al que todos pueden acceder. La libertad de contrato y la igualdad de oportunidades requieren que el contrato de prostitución esté abierto a todos y que cualquier individuo sea capaz de comprar y vender servicios en el mercado. Cualquiera que necesite servicios sexuales puede tener acceso al mercado, sea varón o mujer, joven o viejo, blanco o negro, feo o hermoso, deforme o impedido (Pateman, 1995, 264).

Si esto ocurriera de la forma como dice Pateman, ¿por qué entonces las mujeres apenas recurrimos a los servicios sexuales de pago ofrecidos por hombres, si actualmente en el mundo occidental disponemos de dinero y de medios para contratar estos servicios? Pateman dio una respuesta: “Varones heterosexuales que se dediquen a la prostitución, por un lado, no son frecuentes y, desde el punto de vista del contrato, no son diferentes de las prostitutas mujeres. La historia del contrato sexual revela que hay buenas razones para que «la prostituta» sea una figura femenina” (Pateman, 1995: 265). Y seguidamente argumenta las razones por las que esto sucede así, que tienen que ver con lo que hemos expuesto anteriormente: el contrato matrimonial y el intercambio de mujeres. Ella dice que, igual que se hace un intercambio de mujeres para la esfera privada, se realiza de igual manera en el ámbito público.

La derrota final del estatus y la victoria del contrato llevarían a la eliminación del matrimonio en favor de los acuerdos económicos de la prostitución universal, en los que los individuos participan de contratos breves de uso sexual cuando lo deseen. La única restricción legítima a estos contratos es la disponibilidad de la otra parte para prestar servicios voluntariamente: el sexo de la parte resulta irrelevante (...). La prostitución puede ser vista como un problema de los *varones*. El problema de la prostitución entonces aparece encapsulado en la cuestión de por qué los varones exigen que las mujeres vendan sus cuerpos como bienes en el mercado capitalista. La historia del contrato sexual también ofrece la respuesta: la prostitución es parte del ejercicio de la ley del derecho sexual masculino, uno de los modos en que los varones se aseguran el acceso al cuerpo de las mujeres (Pateman, 1995: 266-267).

Podríamos decir que Pateman veía posible la prostitución ejercida por ambos sexos cuando el contrato matrimonial deje de existir, y con ello se refiere a que el patriarcado deje de imperar y de ser el sistema dominante socialmente. Entonces llegaríamos a lo que ella llama ‘prostitución universal’ donde hombres y mujeres ofrecerían sus servicios por igual. Pero hasta el momento, señala al contrato sexual como el culpable de que estos intercambios desiguales ocurran.

En el contexto histórico actual, Ana de Miguel, aunque no relaciona la prostitución con el matrimonio, analiza la cuestión incidiendo, también, en la desigualdad generada por el patriarcado:

El rechazo de la prostitución masculina por parte de las mujeres no radica en su falta de poder o dinero, sino en que no encuentran placer en tener relaciones sexuales con quienes se encuentran en una situación de clara inferioridad (...) y además, no las desean en absoluto. Las mujeres han accedido al espacio público, pero no han adoptado, ni mucho menos, frente a lo que suele afirmarse, los comportamientos que definen la masculinidad (...) Detenerse a pensar en los fundamentos de rechazo de las féminas arroja luz sobre la particularidad del comportamiento de los hombres (...) parece que uno de los núcleos del placer que experimentan reside en entrar en

relaciones físicas definidas por su situación de poder y falta de reciprocidad (De Miguel, 2018: 154-155).

Ana de Miguel escribe estas palabras en la época actual, y alude a la clara inferioridad de las mujeres tanto en el ámbito social como por supuesto en el sexual. Ella no concibe que una mujer desee mantener relaciones sexuales con una persona que sabe que no la desea, independientemente de que la mujer forme parte de la vida pública y sea capaz de llegar a realizar un contrato de prostitución. Señala a la masculinidad y al individualismo como razón que lleva a los hombres a demandar dicho servicio.

Con un pensamiento muy similar al de Ana de Miguel, Beatriz Gimeno (Ranea, 2016: 316) expone su teoría sobre la prostitución y el hecho de que se encuentre tan feminizada:

En el terreno de la sexualidad, se puede afirmar que la prostitución existe como sexo masculino (Gimeno, 2012), es decir, existe como lugar de reafirmación de la masculinidad hegemónica que antepone la primacía del deseo masculino y su sexualidad, frente al reconocimiento de la mujer como sujeto sexual. El sujeto masculino demandante dispone del cuerpo y la sexualidad de la mujer en prostitución, convertida en objeto femenino ofertado.

Y Paola Tabet, en su volumen colectivo *Les temps modernes* de 1987, nos ofrece otra posible respuesta diferente al ser una autora que sí relaciona la prostitución con el matrimonio:

El sexo es el capital de las mujeres, su tierra, y que ellas deben utilizarlo de manera adecuada. Lo que está claro es que en sus argumentaciones reconoce la asimetría entre varones y mujeres, ya que solo las mujeres brindan «servicios sexuales» y quienes pagan son varones, lo que implica una sexualidad subordinada –aunque Tabet no usa esta expresión–. En cambio, sostiene que quienes pagan «no reconocen la misma urgencia, la misma necesidad y la misma autonomía sexual de la otra persona, quien pone su sexualidad al servicio del otro», lo que tiene como resultado «la renuncia de las mujeres a sus propios deseos sexuales (citado en Chejter, 2016: 61).

Pateman, finalmente, habla sobre las prostitutas y sobre la demanda masculina de sus servicios.

Cuando un varón hace un contrato de prostitución no está interesado en servicios no corpóreos sexualmente indiferentes, sino que hace un contrato en el que compra el uso sexual de una *mujer* por un período dado. ¿Por qué, si no, están dispuestos los varones a entrar en el mercado y pagar por «masturbación»? Por supuesto los varones pueden afirmar su masculinidad también de otros modos, pero, en las relaciones entre los sexos, se obtiene una afirmación inequívoca en el «acto sexual». La condición de mujer [*woman hood*] también se afirma en la actividad sexual (...) Trabajadores de todo tipo están en mayor o menor medida «ligados a sus trabajos», pero la conexión integral entre la sexualidad y el sentido del yo significa que, para su autoprotección, la prostituta debe distanciarse de su uso sexual. Las mujeres involucradas en este oficio han desarrollado una variedad de estrategias de distanciamiento o un acercamiento ‘profesional’, en el trato con sus clientes. Tal distanciamiento crea un problema para los varones, un problema que puede verse como una variante más de la contradicción de dominio y esclavitud. El contrato de prostitución permite a los varones constituirse en amos civiles durante cierto tiempo y como los demás amos, desean obtener reconocimiento de su situación (Pateman, 1995: 285).

Aquí Pateman intenta explicar que los hombres acuden a la prostitución no solo para obtener placer sexual, pues eso podrían obtenerlo con la masturbación. Sino que más bien lo hacen para estar en relación personal o física con una mujer, así como para dejar claro el dominio del hombre durante esa relación. Estas mujeres, precisamente desean vender únicamente sexo, e intentan crear un distanciamiento con el cliente. Es decir, lo que busca una, intenta evitarlo el otro.

Por último, si pasamos a analizar la palabra ‘puta’, vemos que ha sufrido una evolución en lo que a su acepción se refiere a lo largo del tiempo. En primer lugar, como ya hemos visto, la denominación de prostituta ha servido para estigmatizar y demonizar a las mujeres. Fueran o no prostitutas, para restarles valor como mujeres y señalarlas como ‘malas mujeres’, a aquellas que o decidían disfrutar del sexo libremente, o decidían ejercer la prostitución.

Actualmente, la palabra ‘puta’ todavía estigmatiza y tiene una intención ofensiva y denigrante para las mujeres. En primer lugar, observamos que la palabra que tenemos que buscar en el diccionario no es ‘puta’<sup>44</sup> sino ‘puto’. Es decir, son las mujeres las que ocupan el gran porcentaje de personas prostituidas en nuestro país, pero incluso de la definición de algo que es ‘nuestro’ se la apropia el patriarcado. En segundo lugar, entre las definiciones de ‘puta’ que nos ofrece el diccionario, vemos que aparece ‘sodomita’. Esto nos hace recordar al cuadro sobre la sexualidad normativa del que nos hablaba Gayle Rubin en el año 1989.<sup>45</sup> Aquí, con esta definición de 2019, nos están dejando claro incluso hoy en día que por realizar una práctica sexual que está fuera de la norma mereces el calificativo de ‘puta’.

Se utilizan en el día a día frases como ‘*de puta madre*’, ‘*su puta madre*’ o ‘*hijo de puta*’. La primera se refiere a algo positivo, y hace en esta ocasión una mezcla de las dos identidades contrapuestas: madre y puta. Podríamos pensar que, en la mentalidad patriarcal, esta sería la combinación perfecta, una madre que ejerciera los roles de esta, y a su vez una puta, que estuviera dispuesta a practicar sexo de forma desinhibida. Las otras dos expresiones, hacen referencia a un insulto, y en este caso significaría todo lo contrario a lo anterior: deja claro que lo peor que se puede tener es una madre que a su vez sea puta. Es decir, una mujer que debe un respeto a su esposo y sus hijos y a la vez se comporte y tenga actitudes de una ‘mala mujer’ respecto al sexo, convirtiéndose en una mujer pública y quitándole así la propiedad al hombre.

Al margen de dichas expresiones, la palabra ‘puta’ todavía sirve para designar a una mujer que vive su sexualidad de forma diferente a lo que dicta la norma respecto a cómo debe ser una mujer: de forma libre, promiscua, descarada, etc. Pero, en los últimos años, hemos visto cómo se quiere cambiar la concepción negativa de dicha palabra.

Por un lado, con la fuerte potencia y presencia del movimiento feminista, algunas mujeres abogan por la palabra ‘puta’ como fuente de empoderamiento. Al igual que se hace con otras palabras como ‘gorda’, ‘bollera’ o ‘maricón’, lo que quiere el colectivo feminista, es que se deje de emplear esta palabra como un insulto y se comience a utilizar como algo identificativo, asumiendo con orgullo el

---

<sup>44</sup> Definición que da la Real Academia de la Lengua de la Palabra ‘puta’. Accesible en: <https://dle.rae.es/puto>

<sup>45</sup> Acudir al apartado ‘*La construcción de la sexualidad en las mujeres y de la sexualidad en los hombres*’ en la página 21.

hecho de ser cualquier cosa que antes se pudiera entender como un insulto. Se conocen frases popularmente dichas como, por ejemplo: “*si ser puta es ser libre, nacimos con vocación*”.<sup>46</sup>

Por otro lado, las trabajadoras del sexo reivindican dicha palabra como forma de referirse a su trabajo, también como forma de empoderamiento. Que no sea algo de lo que avergonzarse o esconderse, sino que las prostitutas que quieran ejercer esa profesión puedan pronunciar con dignidad la palabra que tanto las ha demonizado, que ahora se pueda pronunciar con propiedad y seguridad.<sup>47</sup>

Como conclusión a este capítulo, podríamos indicar que la prostitución no se articula por sí sola sino bajo la estructura patriarcal, que primero idea una mujer para la esfera privada, y a su vez idea otra para la vida pública, siempre para el beneficio de los varones y de su disfrute vital en general y sexual en particular.

La separación y oposición entre las esferas pública y privada constituyen una oposición desigual entre hombres y mujeres, ya que se relega a las mujeres a la vida privada, sin posibilidad de salir de ahí, y a los hombres se les permite formar parte de la vida pública y de todo lo que esto implica.

Hemos observado una evolución histórica y social que ambos sexos han experimentado y con ello la diferenciación de las esferas pública y privada aparentemente se han ido disipando. Sin embargo, a pesar de que las mujeres hayan obtenido poder, independencia económica, derechos sexuales, y de esta manera hayan podido acceder a la vida pública, vemos cómo el patriarcado sigue imperando en la sexualidad de estas, y siguen practicándola con culpa, con temor a salirse de la norma y de la hegemonía de la heteronormatividad y por supuesto a ser tachadas de ‘putas’.

Hemos observado nítidamente cómo en la sociedad occidental la sexualidad femenina ha sido y sigue siendo reprimida, instaurando en nuestras vidas la heteronormatividad, entre otras líneas de limitación, categorizando a la mujer como virgen y pura si pertenece a la esfera privada, y como puta y pecadora si pertenece a la esfera pública. Esto hace que nos socialicemos y nos desarrollemos con miedo a ser la mujer o las mujeres que realmente queramos ser. A las mujeres les deja claro el patriarcado que se posicionen de una manera u otra, siempre van a ser culpables, y el sistema se lo va a recordar y las va a castigar. Esto está articulado por una ausencia de autonomía personal en general y de autonomía sexual en particular, siendo protagonistas de todo ello los hombres, y relegando a las mujeres a un segundo plano. Por ello, creemos que la prostitución es un oficio tan patriarcal como difícil de erradicar en la sociedad, porque a diferencia del resto de ámbitos de las personas, las relaciones y la sexualidad todavía son una asignatura pendiente en nuestros días. Por todo ello, adquiere un importante papel activo el hombre y sus genitales, y un papel pasivo la mujer.

---

<sup>46</sup> Esta frase la leí o escuché en algún lugar que no recuerdo a pesar de que la idea se me quedó grabada y desencadenó en mí una profunda reflexión.

<sup>47</sup> *Putas y otras feministas*. Alba Cambeiro. Revista Contextos, 2018. Accesible en: <https://ctxt.es/es/20180314/Politica/18396/prostitucion-abolicionismo-feminismo-trata-alba-cambeiro.htm>

### Capítulo III. El debate actual sobre la prostitución en España

Cuando analizamos la prostitución en España en la época contemporánea, es inevitable hacer una división entre antes y después de 1978, fecha en que entró en vigor la Constitución Española. Esta división es significativa, en primer lugar, porque la norma aún hoy vigente de 1978 representa la división entre dos sistemas políticos dispares: el régimen dictatorial franquista frente al «*Estado social y democrático de derecho que propugna como valores superiores del ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político*», según reza el artículo primero de la Constitución. El carácter represivo del franquismo y el dominio del nacionalcatolicismo como ideología oficial conlleva que enmarcar el fenómeno de la prostitución antes o después de esa fecha entrañara diferencias, mientras que en Europa es una cuestión que se ha visto dividida en lo que a la regulación y penalización se refiere dependiendo del país al que nos refiramos.<sup>48</sup>

El tema de la prostitución en nuestro país no ha tenido demasiada relevancia en lo que a lo social se refiere hasta hace algunos años. Era una cuestión que evidentemente sabíamos que existía y convivía con nosotros y nosotras pero el debate y el cuestionamiento del trabajo sexual podríamos decir que estaba más bien estancado o inerte.

Legalmente en España no se sanciona la prostitución en sí, ni para quien la ejerza ni para quien la consuma; todo aquello que afecta a la sexualidad y sea libremente consentido por las personas que intervinieran privadamente no se considera delito, excepto en aquellos casos en que medien determinados factores o se mantenga antes de los 18 años o con personas incapaces, aunque no se las coaccione o engañe.

Solo en el último siglo el debate se ha enfocado desde el derecho penal y laboral, desde los derechos humanos (trata de personas y de niños y niñas, malos tratos, pobreza, explotación sexual), desde la Medicina (higiene, enfermedades de transmisión sexual), desde la sociología (historia social y de las mentalidades) o desde la historia de las mujeres y el feminismo. Como en otros ámbitos, también en la sociología son varios los modos de abordar el asunto. Kappler (2012: 23) recuerda las distintas caras de la prostitución, tantas como ramas sociológicas con distintos enfoques. También recuerda a Tapia (2010), cuando declara que no hay una sola realidad de la prostitución, pues varía el lugar donde se ofrecen los servicios, el servicio que se ofrece, la manera de anunciarse, cliente, beneficios que genera, motivación por la que se ejerce o marco organizacional en que se ejerce.

---

<sup>48</sup> - La prostitución es legal y está regulada, incluidos los prostíbulos, en los Países Bajos, Alemania, Suiza, Austria, Grecia y Turquía.

- La prostitución es legal (no penalizada) y está regulada, pero no los prostíbulos, en Hungría y Letonia.

- La prostitución es legal, pero no está regulada y los prostíbulos son ilegales en Portugal, España, Reino Unido, Bélgica, Italia, Eslovenia, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Estonia, Finlandia, Chipre y Bulgaria.

- Prostituirse es legal, pero ser cliente es ilegal en Islandia, Irlanda, Francia, Noruega y Suecia.

- Prostituirse es ilegal, pero ser cliente no está castigado en Rusia, Lituania, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Rumanía, Serbia, Macedonia, Albania, Montenegro, Bosnia-Herzegovina, Kosovo y Croacia.

Ha sido el feminismo más contemporáneo el que ha generado más debate respecto a esta cuestión. De esta manera, la sociedad ha empezado a plantearse el tema y a tener una opinión más crítica. Como consecuencia del debate feminista y social, la prostitución se ha introducido en la agenda política española actual.

Actualmente, resulta ser un tema de especial relevancia, ya que los partidos políticos y la sociedad han empezado a tomar posiciones respecto a la prostitución, y al mismo tiempo es un tema de gran controversia y de desencuentros ideológicos y de pensamientos.

La siguiente tabla muestra las tres posiciones más destacadas que se contemplan actualmente en el debate sobre la prostitución:

El sexo como fuente de poder: Teorías del <i>sexual empowerment</i> El sexo como Reproducción del Poder: Teorías del <i>sexual embodiment</i>	REPRESENTACIONES DEL TRABAJO SEXUAL	POLÍTICAS PÚBLICAS
	El cuerpo como fuente de producción: Como <i>Nómina</i> : el sexo como salario Como <i>Negocio</i> : el sexo como industria	Laboralistas Reglamentaristas
	El cuerpo como fuente de delito Como Delito legal: el sexo como delito Como Delito moral: el sexo como virtud el sexo como pecado	Prohibicionistas Teorías sobre el orden ético-social
	El cuerpo como víctima-verdugo: El sexo como forma de esclavizar El sexo como fuente de dignidad humana El sexo como fuente de peligro	Abolicionistas

**Tabla 2. El sexo  
como fuente de poder (Villa, 2010: 159)**

Por un lado, existe un sector a favor de la regulación de la prostitución que defiende el trabajo sexual. Por otro lado, el puritanismo y el moralismo (normalmente asociado a la religión) es partidario de prohibir la prostitución ya que el sexo entendido de esta manera lo considera algo pecaminoso. Y por último estaría la postura abolicionista, en contra del ejercicio de la prostitución. Abolicionismo no es lo mismo que prohibicionismo. El prohibicionismo considera la prostitución un mal social a eliminar, se la prohíbe con todo lo que conlleva y quienes la ejercen son considerados/as delincuentes, mientras que para el abolicionismo la prostitución se considera un



mal social, un delito, se sanciona a quien la consume y la promueve y quienes la ejercen so consideradas víctimas.

El movimiento feminista no tiene una postura única y concreta sobre la prostitución, sino que más bien existen dos grupos diferenciados y podríamos decir que incluso enfrentados respecto a la idea de lo que significa y lo que debe suceder en el marco político español respecto a la prostitución.

A pesar de que políticamente el panorama actual en España simpatice más con la idea abolicionista, lo cierto es que no existe un marco legal claro sobre la prostitución, sino que podríamos considerar dicha actividad como ‘alegal’, ya que solo existen normativas sobre ello a nivel micro, como las municipales o autonómicas. “A nivel teórico no existe intervención del Estado en la actividad cuando esta es voluntaria, ni la persigue, ni la reprime, ni la favorece, ni la regula. Tan solo actúa cuando hay proxenetismo”. (Arella et al., 2007: 63).

El Congreso de los Diputados recomendó en febrero de 2007 que no se regularizara la prostitución en España, como Dictamen de la Comisión Mixta de los Derechos de la Mujer, creada a raíz de la polémica que suscitó la iniciativa del Gobierno tripartito catalán (PSC-ERC-IC) de regular la prostitución voluntaria. El 22 de septiembre de 2009 el Congreso rechazó una moción de ERC-IC-ICV para instar al Gobierno a regularizar la prostitución y suprimir la publicidad de esta actividad en los medios de comunicación. Entre los y las penalistas existe un amplio consenso en pro de la regularización de la prostitución.

Estos dos grupos de los que hablamos son regulacionistas y abolicionistas. A continuación vamos a ver qué argumentación da cada una de las partes y vamos a intentar comprender el porqué de su posicionamiento.

## 1. Regulacionistas<sup>49</sup>

En el panorama político-social actual, nos encontramos con una de las dos posiciones dicotómicas que toma el feminismo y en general la sociedad respecto al tema de la prostitución o, como lo denominan dentro de esta postura, trabajo sexual.

Desde esta posición se defiende regular el trabajo sexual. Por un lado, como algo empoderante, ya que como hemos visto a lo largo de este trabajo, las mujeres estaban relegadas a cumplir con la tarea de madre y esposa fiel. De esta manera, se considera que la prostituta ejerce por decisión propia, y que vive su sexualidad y su circunstancia como ella decide. Este sector pone el trabajo sexual al mismo nivel que cualquier otro oficio; es decir, por un lado, argumentan que de una manera o de otra, todos y todas estamos condicionados por el sistema capitalista y que cada persona es libre de decidir cómo sobrevive y se sustenta en él. Y por otro, que al margen del capitalismo, el trabajo sexual es válido si es el deseo que tiene la persona que lo realiza.

---

<sup>49</sup> “¿En qué consiste el modelo proderechos en prostitución?”, Raj Redlich en *Revista Contextos*, 2019. Accesible en: <https://ctxt.es/es/20191106/Politica/29352/Raj-Redlich-prostitucion-regulacion-proderechos-abolicion.htm>

También aluden al argumento de que al igual que en otros trabajos se utiliza otra parte del cuerpo como las manos en una fábrica o la mente en una oficina, en el trabajo sexual se utiliza el cuerpo y alguna de sus partes, y esto debe ser totalmente legítimo y respetado por la sociedad. “El hecho de que los clientes consideren a las trabajadoras sexuales objeto de su placer, no difiere de la consideración que realizan los usuarios de cualquier servicio (también proporcionan placer los masajes, o la peluquera, o los restaurantes) y no tiene por qué transformarse en una cosificación interiorizada como tal” (Juliano, 2004: 126).

Algunas de las personas que defienden esta postura de la prostitución no buscan una alternativa posible para las personas que realmente quieren ejercer este trabajo, y otras no están tan a favor de la existencia de la prostitución, pero alegan que ya que es una realidad que existe, debe contar con unos derechos y una regulación como base. “Las organizaciones que trabajamos codo a codo con las prostitutas defendiendo sus derechos, sabemos que para la mayoría la prostitución es un medio de vida, una actividad que realizan para conseguir un dinero que les permita vivir mejor” (Garaizábal, 2011: 136).

En ningún caso debemos ignorar a las personas que lo realizan, porque de esta manera se fomenta su marginalidad, su estigma<sup>50</sup> y también su escasez de derechos y de organización para poder llevar una vida digna. Como diría Hannah Arendt “si no hay reconocimiento no hay autoridad” (Arendt, 1987).

No puede producir extrañeza entonces ver que la lucha de las trabajadoras sexuales se centra en ser reconocidas como marginales, es decir, aceptadas aunque en condición de desventaja, en lugar de ser excluidas que es la política que plantea los movimientos abolicionistas y su negativa a considerar su actividad como un trabajo (Juliano, 2004: 39).

Cristina Garaizábal, se encuentra en la misma línea que Juliano:

(...) este sector de mujeres está especialmente discriminado. El hecho de que su actividad no sea reconocida como un trabajo hace que se les niegue los derechos laborales que rigen para el resto de trabajadores/as, dejándolas en un total desamparo, especialmente cuando trabajan para terceros. Pero además, las prostitutas, en tanto que ciudadanas, tienen derechos y su actividad no debería implicar, en ningún caso, el recorte de los derechos ciudadanos y sociales que les corresponden. En la actualidad, las trabajadoras del sexo ven recortados derechos tan elementales como el de la libertad y la seguridad personal pues hay normativas municipales en muchas ciudades españolas que les impiden ejercer libremente en espacios abiertos (Garaizábal, 2011: 132).

La postura regulacionista afirma que si no se reconoce y se visibiliza a las trabajadoras sexuales presentarán una situación de vulnerabilidad mayor que otros colectivos. Porque si no existen, tampoco existe su situación, sus problemas, demandas y derechos.

---

<sup>50</sup> Curiosamente, a las trabajadoras sexuales se les rechaza y son estigmatizadas. Sin embargo, los hombres que acuden a una prostituta, en ningún caso sufren este tipo de violencia. Ni tampoco cuando tienen una vida sexual promiscua y no tienen una estabilidad ni han formado una familia. En este caso, en ocasiones incluso el mundo masculino les da reconocimiento.

En el caso de la prostitución, esta consideración como trabajo es también fundamental tanto para luchar contra la estigmatización de las prostitutas como para su autoafirmación. Tal y como se ha venido planteando en todos los encuentros internacionales del *Movimiento por los Derechos de las Prostitutas*, un primer paso para aumentar la autoestima y la autoconsideración ha sido poder verse como trabajadoras y luchar por el reconocimiento de la prostitución como trabajo. Así en la *Carta Mundial de Derechos de las Prostitutas* elaborada en Bruselas, en 1986, por el comité internacional por los derechos de las prostitutas, al que asistieron trabajadoras del sexo de casi todos los países del mundo, se «*exige que la prostitución sea redefinida como un trabajo legítimo y que las prostitutas sean legitimadas como ciudadanas legítimas (...)*» (Garaizábal, 2011: 136).

Esto conlleva la existencia de situaciones de violencia, tanto de forma física como de forma social o institucional. Dolores Juliano afirma que el trabajo sexual “es el sector que acumula mayores niveles de estigmatización” (Juliano, 2004: 109).

Es decir, las trabajadoras sexuales no solo son vulnerables a sufrir golpes, palizas o violaciones, sino que también sufren violencia institucional (como la policial) y/o social: miradas, comentarios, acciones concretas... marginación y estigmatización en general. “El verdadero problema no radica tanto en lo que las leyes digan al respecto, sino en la actitud social hacia las prostitutas” (Juliano, 2004: 110). Y por parte de instituciones como el gobierno, sufren la violencia de ser invisibilizadas.

Con lo que la infracción social que cometen las trabajadoras del sexo, y que les cuesta agresiones y rechazo, no la pueden capitalizar como rebeldía, ya que se las conceptualiza como víctimas pasivas, pero tampoco se les protege en su calidad de tales. (...) Dado que además no se ofrecen oportunidades laborales alternativas, el conjunto de las medidas transforma a los inmigrantes, y principalmente a las mujeres en un colectivo marginalizado y criminalizado en un peligro constante de exclusión social (Juliano, 2004: 39).

Aquí, Juliano, autora a favor de la regulación del trabajo sexual, nos intenta transmitir la idea de que las trabajadoras sexuales son un blanco para sufrir violencia. Además, muchas veces, por una triple vertiente: mujeres, inmigrantes y trabajadoras sexuales.

Esta estigmatización, al parecer, tiene un beneficio, que es controlar a las mujeres, en especial a las no prostitutas, haciendo que se alejen del término ‘puta’<sup>51</sup> y así controlar su sexualidad,<sup>52</sup> dejando bien claro qué está bien y qué está mal dentro del terreno sexual y las consecuencias para las que estén dentro de este segundo grupo. “Esta agresividad latente obliga a las mujeres a desmarcarse del modelo peyorativo, poniendo distancia entre ellas y las así rotuladas, lo que da por resultado una

---

<sup>51</sup> Como ya explicamos al final del segundo apartado del anterior capítulo, al respecto de la palabra ‘puta’. Ver página 42.

<sup>52</sup> En el siglo XIX (...) se establecían visitas médicas de inspección ginecológica (...). El resultado de las revisiones vaginales se plasmaba en la cartilla de la prostituta, habilitándola a seguir trabajando si no estaba contagiada de ninguna enfermedad venérea o inhabilitándola para ello si lo estaba. Estas cartillas eran públicas para los clientes que las solicitaran. Los exámenes vaginales eran una herramienta no solo médica sino disciplinaria, utilizada para intimidar a las mujeres de clases bajas y evitar que circularan libremente por las calles. La revisión ginecológica sirvió como un mecanismo de etiquetamiento para aquellas mujeres que se consideraba peligrosas y que eran merecedoras de una vigilancia mayor, aunque no hubiera evidencia de un comportamiento sexual ilícito (Arellano et al., 2007: 50).

conducta de rechazo de las trabajadoras sexuales, más visible incluso entre las mujeres que entre los hombres” (Juliano, 2004: 112).

Otras autoras como Cristina Garaizábal<sup>53</sup> tienen la misma visión respecto a la estigmatización que sufre este grupo:

(...) las trabajadoras sexuales. Este sector de mujeres sigue estigmatizado a través de ser considerado una categoría especial de mujeres, distintas del resto: el hecho de trabajar en la prostitución hace que su vida sea vista por la sociedad con criterios diferentes a los que se aplica al resto de mujeres y que se las considere mujeres especialmente viciosas, perversas, trastornadas o enfermas (Garaizábal, 2011: 131).

Entonces, esta estigmatización consigue, por un lado, coartar la libertad de las mujeres en el ámbito sexual y, por otro lado, se obtiene una división entre las mujeres prostitutas y las no prostitutas. Rompiendo así toda sororidad y solidaridad que debería existir entre las mujeres, formando así un orden jerárquico entre las mujeres, relegando a las prostitutas a la escala más baja.

Hacer pública la pérdida de la virtud de una mujer –aunque esa pérdida hubiera sido involuntaria y causada por una violación– obligaba a la víctima a dedicarse a la prostitución, puesto que no era admitida en ningún tipo de trabajo ‘honrado’ se les negaba la solidaridad y el apoyo social, y no se la consideraba apta para el matrimonio (...). Así la existencia de barreras entre prostitutas y ‘mujeres decentes’ hacía que los casos de conductas ambiguas o dudosas (muchachas que no podían mostrar su virginidad, madres solteras, mujeres repudiadas o divorciadas) fueran automáticamente asignadas al campo del trabajo sexual (...) (Juliano, 2004: 114).

Además, Juliano habla de la violencia una vez que las mujeres están dentro de la actividad de la prostitución: “Una vez dentro, el estigma continúa actuando, asegurando que la mujer que ha comenzado esta carrera permanezca en ella” (Juliano, 2004: 114). Y es que lo cierto es que muchas veces, cuando quieren realizar otra actividad laboral, al llevar la etiqueta de lo que han sido, les resulta bastante más difícil.

Esta división que se hace entre mujeres, entre las que son trabajadoras del sexo y las que no lo son, es otra forma de violencia, y se busca la legitimación de esta dividiendo a las mujeres entre ‘las buenas’ y ‘las malas’. Gail Pheterson nos habla sobre ello.

Las mujeres buenas (esposas y otras mujeres definidas socialmente por su relación con un hombre en particular) se hallan legitimadas por el sistema patriarcal; su función es modelar la subordinación. Las mujeres malas (putas y otras mujeres de las que se supone que son “fáciles” o están en alquiler) se encuentran estigmatizadas; su función es servir como ejemplo del castigo que espera a cualquier mujer que se aparte del camino. Las mujeres perversas son ignoradas (Pheterson, 1996: 157).

---

<sup>53</sup> Cristina Garaizábal es una de las fundadoras del colectivo por los derechos de las trabajadoras del sexo ‘Hetaira’. Accesible en: <https://colectivohetaira.org/>

Con estas afirmaciones, Pheterson no pretende decir que todas debamos ser prostitutas para desafiar al patriarcado, ni que las mujeres casadas estén todas alienadas, sino que el patriarcado siempre aparece de una forma u otra y que las mujeres nos encontramos subordinadas de una manera o de otra.

Por otro lado, otras autoras también hablan sobre la dicotomía imperante entre la mujer mala y la mujer buena:

La estigmatización de las trabajadoras sexuales es un instrumento de control para que el conjunto de las mujeres nos atengamos a los límites que aún hoy, encorsetan la sexualidad femenina. La ideología dominante hace especial hincapié en el peligro que supone para las mujeres el placer sexual. Hay que ser «buenas» mujeres para sentirnos protegidas. Si eres «mala» es lógico que te agredan, que te pase cualquier cosa. Las buenas mujeres son sujetos de derecho y protección pero las malas, especialmente si se empeñan en seguir siéndolo, quedan desprotegidas y pierden todo tipo de derechos. Esto es lo que pasa con todas aquellas trabajadoras del sexo que se autoafirman en serlo y que reclaman derechos y mejores condiciones de trabajo (Garaizábal, 2011: 132).

Lo que se consigue al ejercer esta violencia, sobre todo por la parte institucional, es que esta violencia se legitime y esta idea se extienda en la sociedad. Como consecuencia, lo que ocurre es que se suele tener una actitud condescendiente y se acaba por infantilizar a las prostitutas con creencias tales como que “ellas no saben lo que hacen” o que “no les queda otra opción”, algo que mayoritariamente sucede con las mujeres migrantes.

Las mujeres del Tercer Mundo están particularmente sujetas al proceso de infantilización. Según Chandra Mohanty, presentar a las mujeres ‘no occidentales’ como desvalidas, como criaturas infantiles, es resultado de lo que ella ha identificado como ‘la mirada colonial’ de las feministas occidentales, y contribuye a su perpetuación. (...) Históricamente, los esfuerzos para combatir la prostitución han acabado justificando medidas represivas contra las propias prostitutas en nombre de la protección (Osborne, 2004: 158-159).

Garaizábal, por su parte, expone su argumento en esta misma línea de pensamiento:

No se respeta su vida amorosa (sus compañeros sentimentales son vistos como los «chulos»), se las considera siempre manipuladas por otros (considerando que todas están controladas por las mafias) y se les niega el derecho a salir de sus países y emigrar a otros que se supone les pueden ofrecer mejorar sus condiciones de existencia (todas las extranjeras son vistas como víctimas de las redes de trata) (...) (Garaizábal, 2011: 132).

Si hablamos ahora específicamente de la violencia física que sufren las trabajadoras sexuales, actualmente en nuestro país cuando se comete una agresión o un asesinato machista contra alguna de ellas no cuenta como tal, pues al considerar que el agresor no es su pareja ni expareja sentimental, sino ‘simplemente’ un cliente más, no se las tiene en cuenta. Además, tampoco se las escucha cuando denuncian o sufren una violación, porque en el imaginario colectivo se cree que una prostituta no tiene límites, y que si el cliente está pagando, todo es legítimo.

(...) incluso en muchos casos, cuando sufren maltrato doméstico no son protegidas por la ley de Violencia de género porque se considera que el maltratador no es su compañero afectivo sino su proxeneta, o se les niega la credibilidad cuando denuncian agresiones sexuales. En el caso de las trabajadoras del sexo extranjeras, a esta situación general se suma el que ven recortado su derecho a emigrar para buscar una vida mejor en nuestro país porque inmediatamente todas las prostitutas inmigrantes son consideradas víctimas de trata, negándoles la palabra y la posibilidad de quedarse en nuestro país ganándose la vida con la prostitución, si así lo han decidido (Garaizábal, 2011: 133).

Como toda cuestión que se encuentra ante una divergencia de posturas tan grande, el reglamentarismo del trabajo sexual<sup>54</sup> argumenta y rebate en contra del abolicionismo de la prostitución. Cuando este último afirma que las trabajadoras sexuales están alienadas y sufren violencia y explotación por parte de los clientes, el reglamentarismo les responde diciendo que “la mayor explotación de la mujer se da dentro de la familia, por lo que no tiene sentido salvar a las que han elegido opciones distintas” (Juliano, 2004: 121). Por otro lado, esta posición tilda de moralistas a las abolicionistas “Esta sociedad tradicional (...) con fuertes prejuicios contra toda forma de sexualidad no reproductiva y con ideales muy misóginos, las prostitutas se veían como la imagen misma de la feminidad pecadora” (Juliano, 2004: 123).

---

<sup>54</sup> En el programa “Para todos la 2”, emitido por primera vez el 6 de marzo de 2012 en el canal La 2 de TVE, y el 3 de septiembre de 2012 en el canal de YouTube TEDxTalks, se muestra el testimonio de una trabajadora sexual que defiende el regulacionismo. Ella cuenta que creció en el seno de una familia humilde y desestructurada, sufría maltrato por parte de su padre y la base educacional de su casa en general no era muy favorable para su desarrollo. Decidió estudiar, pero para pagarse estos estudios necesitaba dinero, y tras darse por vencida al no encontrar un trabajo ‘al uso’, tras ver un anuncio en el periódico, comenzó a ejercer la prostitución. Ella reconoce que se inició, como la mayoría de la gente lo hace, por la forma rápida de ganar dinero, pero a su vez no se arrepiente porque lo que le esperaba al otro lado era un trabajo de nivel poco cualificado con unos horarios nada flexibles y una retribución muy baja. Al principio estaba preocupada porque su familia fuera consciente de su oficio, pero más tarde se lo confesó. Además, ella cuenta que reflexionó y se dio cuenta de que la razón por la que lo ocultaba no era otra que por un tema moral en lo que a la sexualidad de la mujer se concibe. Cuenta además lo duro que es el principio, pero de lo necesario que es visibilizar y hablar de las cosas positivas que le ha dado la prostitución. Actualmente es graduada en Ciencias Políticas y es autora del libro *Una mala mujer*, que publicó en 2012 como resultado de su vivencia en el mundo de la prostitución. Es aquí precisamente donde reivindica el derecho a ser prostituta y a acabar con la idea de la estigmatización. Alega que la prostitución es una realidad social y que por tanto las trabajadoras sexuales deben ser tratadas como personas, que es algo que dice que no sucede. Hoy en día sigue ejerciendo la prostitución porque a pesar de que su situación ha cambiado, ella se siente a gusto haciéndolo. “Entrevista: Montse Neira”, La 2, 2016. Accesible en: <http://www.rtve.es/m/alacarta/videos/para-todos-la-2/para-todos-2-entrevista-montse-neira/1341760/> y *Rompiendo las barreras del estigma: Montse Neira en TEDxArroyodelaEncomienda*. TEDx Talks, septiembre 2013, accesible en: <https://www.youtube.com/watch?v=qbkyy06LRk0>

## 2. Abolicionista

La postura abolicionista, como su propio nombre indica, tiene como objetivo la abolición de la prostitución. Es una postura que se manifiesta en contra del ejercicio de la prostitución porque considera que no es un trabajo sino una forma patriarcal de abuso y de explotación sexual que se ejerce sobre las mujeres.

Las abolicionistas alegan que la mayoría de personas que ejercen la prostitución son mujeres, es decir, que es el patriarcado la base sobre la que se ejerce dicha actividad y de la que son presas las mujeres que la ejercen. Asimismo, hablan de factor económico-social, es decir, afirman que la mayoría de mujeres que se encuentran en esta posición provienen de situaciones de pobreza o en su defecto de precariedad, y que es eso lo que les empuja a ejercer la prostitución.

La prostitución se alimenta de mujeres con pocos recursos materiales y culturales que son expulsadas de sus hogares, de sus entornos sociales y también de sus propias expectativas de vida. Sin embargo, la expulsión tiene un destino: clubs, pisos, macroburdeles, calles, barrios, polígonos a las afueras de las ciudades o zonas acotadas están preparados para la comercialización de sus cuerpos. La violencia de la expulsión se completa con otra violencia, aquella que vulnera el derecho de las mujeres a la soberanía de sus cuerpos (Cobo, 2017: 14).

Por ello, alegan que la mayoría de las personas que ejercen la prostitución, provienen de dos categorías oprimidas: son mujeres y son pobres.

(...) no se puede pasar por alto que esta pobreza no es tampoco pobreza de cualquier clase, sino pobreza generizada y relacionada con los constreñimientos del mercado de trabajo para las mujeres, los sueldos bajos, la abundancia de la economía sumergida o subtrabajos, la pobreza asociada a las cargas familiares etc. Pobreza de género, pues estructural y debida a la misma existencia del orden de género. (...) la prostitución se basa fundamentalmente en la pobreza. Pero en un tipo de pobreza que genera un mercado de trabajo estructurado sobre dos cosas: la primera, sobre la base ideológica del hombre como proveedor y de la dependencia femenina, lo que conduce a la exclusión de las mujeres de la participación económica en igualdad, y la segunda, según la segregación de lo doméstico y del cuidado del ámbito del mercado de trabajo (Gimeno, 2012: 169).

Postulan que el patriarcado capitalista se aprovecha de estas dos circunstancias y hace que las personas que ejercen la prostitución lo hagan subyugadas socialmente, como forma de sobrevivir en este sistema. Además, se afirma que el sistema actual tiene como deseo normalizar esta actividad que el grupo abolicionista considera criminal:

La hegemonía ideológica patriarcal y neoliberal tienen la pretensión de normalizar esta práctica social y anclarla en el imaginario colectivo para que aumente su legitimación social. (...). La industria del sexo se encuentra en la intersección de dos procesos: la reorganización de la economía mundial (...) y la reestructuración de las sociedades patriarcales (...). La industria del sexo de hoy es la reconfiguración del capitalismo global como la reestructuración de los patriarcados contemporáneos (...). Además, la prostitución encuentra una instancia fundamental de legitimación en las estructuras simbólicas capitalistas, pues la consideración de la sexualidad de las mujeres como mercancía es una conquista fundamental para el capitalismo global. Al capitalismo le

interesan los procesos crecientes de mercantilización, incluidos los cuerpos, y al patriarcado le interesa que esa mercancía tenga un cuerpo de mujer (Cobo, 2017: 15-16).

Consideran además que esto en ningún caso es algo voluntario, sino que son las circunstancias o el sistema el que aboca a las mujeres a prostituirse. Además, niegan que la prostitución sea un trabajo como otro cualquiera, puesto que aquí el elemento de trabajo es la sexualidad y esta se construye y articula de manera diferente en los hombres y en las mujeres. Por lo tanto, estas últimas, al estar en una posición de inferioridad, se van a ver oprimidas, abusadas y brutalmente sexualizadas.

(...) Para justificar que la prostitución es una realidad natural hay que afirmar que se inscribe en el orden de la sexualidad humana. (...) alude a que la sexualidad masculina es incontrolable y, por ello, la femenina debe estar al servicio de ese deseo masculino irrefrenable, a través de la prostitución o del matrimonio (Cobo, 2017: 20).

La idea de que el matrimonio y la prostitución están relacionadas, como hemos visto en este trabajo, es evidente. Cobo, por su parte, pone a la misma altura a la prostitución y al matrimonio en lo que al dominio sexual masculino se refiere. Sin embargo, otras autoras como Ana de Miguel, no lo consideran así:

La prostitución como forma de relación sexual tiene unos efectos mucho peores que el matrimonio legal en el carácter humano; en concreto en el carácter de los varones. A este respecto, Engels había observado lo siguiente: “entre las mujeres no degrada sino a las infelices que caen en sus garras y aun a estas en un grado mucho menor de lo que suele creerse. En cambio, envilece el carácter del sexo masculino entero”. (...) El problema reside en que mediante la prostitución los varones establecen una relación con el sexo femenino en que solo se disponen a recibir placer y no a darlo. Esta situación deforma profundamente la conciencia de que el acto sexual es cosa de dos (...). La prostitución deforma la conciencia erótica del varón y abre un abismo entre las expectativas de varones y mujeres en las relaciones sexuales (De Miguel, 2018: 102).

Dentro del discurso de la sexualidad oprimida de las mujeres, desde el abolicionismo se defiende que lo que sucede entre las prostitutas y los clientes no son relaciones sexuales sino abusos y violaciones consentidas a cambio de dinero, ya que lo que sucede entre los hombres demandantes de prostitución y las prostitutas no trata de sexo, sino más bien de poder. Del poder que desean ejercer los hombres sobre las mujeres en un lugar residual ya que en su vida real no sería legítimo por la sociedad ni permitido por sus esposas, novias, compañeras, etc. Es decir, consumen prostitución como medio de refuerzo de su masculinidad.

Detenerse a pensar en los fundamentos de rechazo de las féminas arroja luz sobre la particularidad del comportamiento de los hombres que encuentran placer en disponer de mujeres prostituidas. Parece que uno de los núcleos del placer que experimentan reside en entrar en relaciones físicas definidas por situación de poder y falta de reciprocidad (De Miguel, 2018: 155).



Vemos que Cobo se encuentra en una línea de pensamiento bastante similar a Ana de Miguel:

(...) Es un lugar de reparación para los varones que se sienten obligados a abdicar del dominio y la indiferencia emocional en sus hogares y sus entornos. Con la mujer prostituida pueden recomponer esa fractura de su subjetividad y pueden dar rienda suelta a sus anhelos de poder. El prostíbulo es una metáfora perfecta para explicar las relaciones de poder sobre las que se articula el dominio patriarcal (Cobo, 2017: 29).

A través de ello, se deshumaniza a las mujeres y se las ve como una simple herramienta sexual: “La prostitución convierte a las mujeres exclusivamente en seres sexuales. Esta institución promueve hasta extremos inauditos la sexualización de las mujeres” (Cobo, 2017: 29).

Cobo considera que actualmente existe una nueva manera de entender las relaciones sexuales debido a la existencia de la hipersexualización de la mujer en todos los ámbitos de la vida en general, y de la pornografía en particular. “La hipersexualización de lo femenino es la condición de posibilidad de que pueda desarrollarse una cultura de la pornografía y la prostitución. (...) esta nueva cultura de la sexualidad tiene como efecto la reafirmación del varón en la idea de que el placer erótico es un derecho masculino” (Cobo, 2017: 45).

Y a su vez, Ana de Miguel parece estar de acuerdo con ello:

Hombres y mujeres no hemos vivido nunca en situación de igualdad. (...) las mujeres carecen del papel político, social y económico de los hombres. Y sobre todo (...) carecen de poder simbólico (...). La ideología de la prostitución son un conjunto de definiciones favorables a que los hombres vayan con mujeres prostituidas. Y a que las mujeres lo acepten (...) o declaren que no les importa. Esta ideología sostiene, por un lado, que los hombres tienen derecho a satisfacer sus necesidades sexuales. Por otro, que la sociedad tiene que proporcionarles, de una forma u otra, un mercado de mujeres para satisfacer esas necesidades (De Miguel, 2018: 157).

Si ahondamos de nuevo en la cuestión de la masculinidad y del deseo de los hombres que demandan y consumen prostitución, Ana de Miguel afirma que “el deseo femenino es un deseo más individualizado que el del varón (...). Los varones amarían en las mujeres su feminidad, su esencia genérica, lo que tienen en común este reino de las ‘idénticas’, no lo que las individualiza. Esto explicaría la fácil sustitución de unas por otras en la vida sexual (...)” (De Miguel, 2018: 105).

La posición abolicionista cuenta con apoyos a nivel social e institucional.<sup>55</sup> Por un lado, por todo lo que acabamos de ver sobre el estigma y el rechazo hacia las prostitutas (los barrios se manifiestan en contra de la prostitución callejera porque no quieren tener que verla ni relacionarse con ello día a día ni que sea algo con lo que convivan sus hijos e hijas pequeñas), y por otro lado se justifica el

---

<sup>55</sup> Ver “España enfila hacia la prohibición de la prostitución”, Pilar Álvarez, 7 de septiembre de 2018. Accesible en: [https://elpais.com/sociedad/2018/09/07/actualidad/1536339196\\_130672.html?rel=mas](https://elpais.com/sociedad/2018/09/07/actualidad/1536339196_130672.html?rel=mas)

abolicionismo aludiendo a su base patriarcal y al proxenetismo que se considera que existe en la actividad de la prostitución.

La postura abolicionista niega rotundamente que la prostitución sea un trabajo como otro cualquiera siendo que el factor de género se encuentra presente.

(...) creo que es importante tener en cuenta, frente a lo que afirma el sector proprostitución, que la prostitución sería como cualquier otro intercambio o como cualquier trabajo, si pudiera serlo, si el sexo no tuviera el significado que tiene, si no sirviera para lo que sirve en este orden de género. Entonces sería otro mundo. Este, precisamente, se caracteriza por la diferencia sexual entendida de manera jerárquica, y esta diferencia confiere distinto valor, distintos significados, diferencias de poder en todos los ámbitos, diferencia en el acceso a los recursos y oportunidades, etc. En este sistema de género, el hecho de que los cuerpos femeninos para su uso sexual tengan un valor de intercambio y sean una mercancía es una parte de la opresión de los hombres sobre las mujeres y no puede sacarse de un modo voluntarista de la ecuación. Hoigard y Finstrad (Gimeno, 2012: 69).

Además, desde el abolicionismo se argumenta que la prostitución no puede ser legalizada porque si esto sucediera, se normalizaría la desigualdad de género y de clases, porque el abolicionismo argumenta que la prostitución está atravesada también por la condición de clase y de raza. “La mayor parte de las mujeres proceden de los países más pobres y desestructurados del mundo. Según los cálculos de Naciones Unidas, hay millones de mujeres y niñas que son víctimas de la trata, que son captadas en los países más pobres y machistas para que los varones de todo el mundo disfruten de sus cuerpos” (Miguel, 2018: 165), así como se incrementaría la demanda y el abuso de las mujeres:

La perspectiva de la normalización y el consentimiento no solo conduce a la reproducción de la desigualdad de género sino a la de clases y países. En los países más endeudados y colonizados del planeta tendrán sucursales todos los proxenetas y podrían difundir con el apoyo del Estado su buena nueva (...). Cuando una actividad es legal, lo primero que hace es multiplicarse, la ley del libre mercado determina que la oferta tenga que ser cada vez más atractiva para los clientes (...). Ante la normalización y banalización de la sexualidad (...) el valor de la autonomía sexual quedaría seriamente cuestionado (...). Un mundo en el que se normalice que las jóvenes con menos recursos se conviertan en cuerpos para ser tocados y penetrados por los hombres con ganas y dinero en la cartera (De Miguel, 2018: 168).

Por otro lado, las abolicionistas<sup>56</sup> también arremeten contra las regulacionistas con el argumento de que legalizar la prostitución sería una legalización de un engaño porque los que realmente saldrían ganando serían el capital y las instituciones más poderosas.<sup>57</sup>

---

<sup>56</sup> En el capítulo titulado “Proxenetas” del programa *Millennium*, emitido por primera vez el 6 de noviembre de 2018 en el canal La 2 de TVE, Amelia Tiganus, exprostituta, relata su experiencia en el mundo de la prostitución. Nacida en Rumanía y con 34 años, cuenta que fue vendida a los 17 años y que empezó a prostituirse a los 18 años en un prostíbulo de Alicante. Ejerció la prostitución durante cinco años por todo el territorio español porque los proxenetas trabajan en red y van moviendo a las prostitutas para ir renovando a las chicas. Todo comienza cuando es violada en su país y desde entonces su valor como mujer cae en picado y se le coloca la etiqueta de ‘puta’ tras repetirse esas violaciones. Asimila que ella es una ‘puta’ y decide sacar beneficio de ello ejerciendo la prostitución. Dice que en su momento no era

La regulación de la prostitución solo es defendible desde posiciones neoliberales, de ahí que sus principales defensores en la actualidad sean los empresarios y todas las empresas que se lucran de la misma, así como la derecha política (...). La prostitución no la van a regular las prostitutas reunidas en asamblea, y es posible que ni si quiera se las escuche a ellas, como viene sucediendo. Ninguna regulación se va a hacer atendiendo a sus necesidades, sino obviamente atendiendo a las necesidades políticas de quien regula (...). Regularlo como un trabajo significaría ponerlas en manos de los empresarios del sexo. Lo único que se regula, cuando se regula, es el mercado. (Gimeno, 2012: 261-262).

Como conclusión a este capítulo podemos decir que, actualmente, en la cultura occidental, se tienen unas posiciones muy diferentes en lo que a la prostitución respecta. En el caso de Europa, existen múltiples combinaciones respecto a lo legal, donde cada país se adapta a las necesidades y peticiones de la ciudadanía y a la situación concreta del país dependiendo de la cultura y la historia del lugar.

En España, no encontramos una respuesta política a nivel estatal que defina en qué estado se encuentra actualmente la cuestión de la prostitución, sino que realmente deberíamos hablar de una actividad ilegal que día a día está presente en nuestras calles y nuestra sociedad.

La prostitución además es uno de los temas por los que más se ha dividido y enfrentado el feminismo actual. Por un lado, hemos visto que la postura regulacionista tiene como objetivo regular el trabajo sexual, ya que considera que acabar con la prostitución ni es posible ni a lo mejor es el objetivo que ellas persiguen. Consideran que esta es la única manera de darles voz, derechos y herramientas a las trabajadoras sexuales; además de impedir o reducir su marginalidad y su estigma.

Por otro lado, las abolicionistas argumentan que la prostitución no tiene cabida en una sociedad que deseamos igualitaria, sino que hombres y mujeres estamos en desigualdad, ya que consideran que la prostitución reproduce y acrecienta la desigualdad. Alegan que los únicos beneficiados con la prostitución son el patriarcado y el capitalismo, y que seguiría siendo así si se regulara. Además,

---

consciente, pero que después se ha dado cuenta de la vulnerabilidad en la que ella fue captada a raíz de la violencia que sufría en su entorno. Además, las víctimas (como ella las denomina) suelen confiar ciegamente en el proxeneta y esto les hace todavía más difícil identificar la situación en la que se encuentran. Afirma que los prostíbulos son unos auténticos campos de concentración, donde debes ser y actuar en base a lo que otros esperan de ti, o bien el proxeneta o bien el cliente. La voluntad de las prostitutas queda anulada porque saben que esa es la única vida que contemplan. Únicamente tienen miedo (de ser deportadas, agredidas...). No tienen ambiciones porque solo sobreviven a este miedo. Habla de la privación de libertad en cuanto a no poder actuar con autonomía a la hora de comer, de vestirse o de dormir, y de un proceso de deshumanización en toda regla que les convierte en seres intercambiables, una y otra vez. Cuando habla de la sociedad, critica que se mire para otro lado y que se alegue que es algo voluntario o que no existe. Habla del capitalismo y el patriarcado como una doble arma que articula la prostitución y relaciona el deseo de los hombres aun sabiendo que las mujeres no les desean en la prostitución con el cuestionamiento de las víctimas en las violaciones. Afirma que esto no va de sexo, sino de poder, y menciona un lobby proxeneta contra el que hay que luchar. Por ello, es totalmente abolicionista, pues dice que si el Estado legalizara la prostitución y cobrara impuestos, estaríamos hablando de un Estado proxeneta. Cuando salió de la prostitución fue camarera, y ahí sufrió el estigma por lo que había sido. Actualmente es activista, feminista, formadora coordinadora y miembro de feminicidio.net. Programa accesible en: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/millennium/millennium-proxenetas/4826786/>

<sup>57</sup> Ver “Alemania: sexo, cerveza y salchichas por 15 euros”, Ana Carbajosa en *El País*, 9 de septiembre de 2018.

Accesible en: [https://elpais.com/sociedad/2018/09/07/actualidad/1536315988\\_570967.html](https://elpais.com/sociedad/2018/09/07/actualidad/1536315988_570967.html)

abogan por que en ningún momento se pueda equiparar la prostitución con el resto de trabajos, ya que la sexualidad femenina juega un papel principal en esta actividad y esto no se debe banalizar.

Dado lo que hemos expuesto, parece que va a ser muy difícil encontrar un acuerdo entre las dos posturas. Casi tanto como que el tema entre realmente en la agenda política y se lleguen a producir resoluciones sobre esta cuestión. Está claro que es un tema complicado, que genera gran controversia y que, por lo tanto, antes de pronunciarse o actuar sobre él, es importante reflexionar, analizar y empatizar. Por eso, quizás en el ámbito político este tema esté todavía al margen, porque se tome la decisión que se tome, el debate y los desacuerdos seguirán estando presentes.

## CONCLUSIONES

Llegadas a este punto del trabajo, podemos decir que las conclusiones que hemos obtenido son, por un lado, que el género es algo establecido culturalmente y que este se articula como consecuencia de sexualizar nuestros cuerpos, lo que también constituye una categoría impuesta. La formación y la articulación del género y del sexo nos categoriza y nos marca de por vida.

Nos adjudican una identidad que no hemos elegido y que seguramente tampoco seremos capaces de elegir en un futuro después de nuestro nacimiento. Porque es algo con lo que te asocian incluso antes de nacer y con lo que te socializas y te desarrollas desde que vienes al mundo.

En consecuencia, el género y sus roles son algo que está tan interiorizado y normalizado en la sociedad occidental que es muy difícil resistir o al menos no sentir violencia cuando se subvierte la norma establecida.

Por otro lado, y como resultado de lo anterior, podemos afirmar que la identidad sexual de las personas también está definida de manera obligatoria imponiéndonos la heterosexualidad como la única y a su vez hegemónica manera de relacionarnos sexualmente.

No podemos desligar los aspectos sobre los que hemos reflexionado en este trabajo de la sexualidad femenina, sobre la cual este trabajo nos invita a pensar que ha sido culturalmente configurada para que esté al servicio del placer masculino quitándole todo poder y libertad a las mujeres para disfrutar de ella, así como negándoles la posibilidad de entender su sexualidad de otra manera que no fuera coitocentrista, con el fin de reproducirse y de proporcionar placer al varón. Es decir, la sexualidad de las mujeres se considera útil para todo menos para el placer de ellas mismas.

Tras el análisis realizado, también llegamos a la conclusión de que las esferas públicas y privadas no están separadas nítidamente sino que se dan en interrelación. Efectivamente, las acciones que llevamos a cabo las personas, y en concreto las mujeres en nuestra vida privada, no son solo algo íntimo, aislado, anecdótico o casual sino que están en relación con el ámbito público y sus dinámicas patriarcales de poder. Nuestras acciones son el reflejo de lo que la sociedad patriarcal ha dictaminado que debemos hacer y en el lugar que tenemos que estar. Por eso lo personal es político, porque estar presas en las redes del género sin poder salir fácilmente de ese marco normativo, estar oprimidas sexualmente en una dictadura heterosexual, contraer matrimonio, tener hijos e hijas y, en definitiva, estar subyugadas a los hombres en todos los aspectos de la vida, no es casualidad. Es una estrategia, es un modo de vida imperante, es una estructura a la que le podemos poner nombre: es el patriarcado. Nada de esto es residual, sino que este sistema se ha articulado y lo sigue haciendo a través de contratos, de manera en la que nosotras no somos sujeto sino objetos con los que se comercia.

Por ello, la cuestión de los roles en la actividad de la prostitución son un reflejo de la sexualidad en la sociedad, pero de forma más notoria, ya que las prostitutas/trabajadoras sexuales están más expuestas a la violencia del patriarcado sexual.

Que las prostitutas sean mayoritariamente mujeres y que los que demanden y consuman prostitución sean hombres tampoco es casual. Es la muestra de cómo están articuladas las relaciones entre los hombres y las mujeres y del papel que cada uno de ellos tiene dentro de esta relación, pues son los hombres los que deben conservar y reforzar su masculinidad a través del dominio sexual sobre las mujeres, y son ellas las que deben estar a disposición de los hombres para su placer y goce sexual. Se asume así que los hombres tienen una actividad y necesidad sexual por encima de la de las mujeres, y que al igual que ocurre en el matrimonio o en otro tipo de relaciones que no llegan a ser tan formales, la prostitución es un contrato más, aunque con características especiales, entre el hombre y la mujer, donde sale a relucir, con una violencia peculiar, el papel que cada uno debe cumplir, tanto en la esfera sexual o privada como en la esfera pública.

En definitiva, lo que sucede en nuestras casas, en nuestras camas o en las camas de las prostitutas, en ningún caso es algo meramente privado sino que es siempre un reflejo de la esfera pública y de cómo se articula su poder a través de las normas hegemónicas del patriarcado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Araniz, A. 2005 “*Los dos sexos en relación*” en M. J. Rodríguez, El feminismo pro sexo o anti censura: una lectura sociológica, Anuario de sexología. AENPS.

Arella, Celeste y Garaizábal, Cristina. 2007. *Los pasos (in)visibles de la prostitución: estigma, persecución y vulneración de derechos de las trabajadoras sexuales en Barcelona*. Barcelona: Virus.

Baringo, David / López Insausti, Rafael. 2006. *Nadie va de putas. El hombre y la prostitución femenina*. Zaragoza.

Butler, Judith. 2004. *Deshacer el género*. Estados Unidos. Routledge.

Cardenal, Tatiana. 2010. “Ese cuerpo que no es uno. La sexualidad en Luce Irigaray”.  
Universidad de Zaragoza.  
<https://revistascientificas.us.es/index.php/themata/article/view/408/374>

Carretero, Carmen. *España ante la prostitución en el S.XX: de la tolerancia a la abolición*. Trabajo académico UNED: Universidad Nacional de Educación a Distancia. 2011. [http://www.uned.es/catortosa/Biblioteca\\_Digital/Biblio/Carmen\\_Carretero/Espana.pdf](http://www.uned.es/catortosa/Biblioteca_Digital/Biblio/Carmen_Carretero/Espana.pdf)

Castellanos, Gabriela *Erotismo, violencia y género: deseo femenino, femineidad y masculinidad en la pornografía*. Universidad del Valle.  
[http://revistas.univalle.edu.co/index.php/la\\_manzana\\_de\\_la\\_discordia/article/view/1423/pdf](http://revistas.univalle.edu.co/index.php/la_manzana_de_la_discordia/article/view/1423/pdf)

Castellanos Rodríguez, Belén. 2008. "Prostitución, sexualidad y producción: una perspectiva marxista" Madrid: Universidad Complutense de Madrid.  
<https://www.redalyc.org/pdf/181/18100127.pdf>

Claude Mathieu, Nicole, Guillaumin, Colette y Tabet, Paola. 2005. *El patriarcado al desnudo*. Brecha lésbica.

Checa, Carolina. 2011. *El placer sexual como arma política*. Universidad de Granada.  
<http://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/20005/Carolina%20Checa%20EL%20PLACER%20SEXUAL%20COMO%20ARMA%20POLITICA.pdf?sequence=1&isAllowed=y>  
 Chejter, Silvia. La prostitución, debates políticos y éticos. 2016. Revista Nueva Sociedad.

Cobo, Rosa. 2011. *Hacia una nueva política sexual. Las mujeres ante la reacción patriarcal*. Madrid: Los libros de la Catarata.

Cobo, Rosa. 2016. "Un ensayo sociológico sobre la prostitución". Universidad de la Coruña. <https://core.ac.uk/download/pdf/81230022.pdf>

- Cobo, Rosa. 2017. *La prostitución en el corazón del capitalismo*. Madrid. Catarata.  
<https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/aljaba/article/view/1796/1758>
- Cruz, Pepa y Cobo, Rosa. 1991. *Las mujeres españolas, lo privado y lo público*. Centro de investigaciones sociológicas.
- Engels, Friedrich. 1972. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid. Ed Ayuso.
- De Beauvoir, Simone. 2018. *El segundo sexo*. Madrid. Cátedra.
- De Miguel, Ana. 2018. *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*. Madrid. Cátedra.
- De Miguel, Ana. 2012. *La prostitución de mujeres. Una escuela de desigualdad humana*. Universidad Rey Juan Carlos
- De Miguel, Ana y Nuño, Laura. 2017. *Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional*. Granada. Comares.
- Díez, E. Javier. 2010. *¿Cómo educar para la igualdad en una sociedad que pretende regular la prostitución como una profesión?* Universidad de León.
- Engels, Friedrich. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. 2006: Madrid.  
[https://buleria.unileon.es/bitstream/handle/10612/3442/3410\\_RIEOEI\\_Diez-JANO.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://buleria.unileon.es/bitstream/handle/10612/3442/3410_RIEOEI_Diez-JANO.pdf?sequence=1&isAllowed=y)
- Figari, Carlos. 2008. "Placeres a la carta: consumo de pornografía y constitución de género". *La ventana*. <http://www.scielo.org.mx/pdf/laven/v3n27/v3n27a7.pdf>
- Firpo, Isela / Lucila, Adriana /Lucila, Adriana / Nélica, Nora. 2008. *Las relaciones de género en la prostitución. Construcción social de las nuevas subjetividades*. Universidad Nacional de Entre Ríos.
- Freytes, Nadia. 2007. "Entre lo público y lo privado, lo personal y lo político. Un acercamiento a la militancia femenina de los años '70". Universidad de Buenos Aires.  
<https://www.aacademica.org/000-024/60.pdf>
- García, Víctor y Ramírez, Rafael. 2002. *Masculinidad hegemónica, sexualidad y transgresión*. Centro Journal.
- Garaizábal, Cristina. 2011. *Cuerpos políticos y agencias. Reflexiones feministas sobre cuerpo, trabajo y colonialidad*. Granada. Editorial Universidad de Granada.  
<https://www.redalyc.org/pdf/377/37711290001.pdf>



- Gimeno, Beatriz. 2011. *La prostitución: aportaciones para un debate abierto*. Barcelona. Bellaterra.
- Goldman, Emma. 1910. *La hipocresía del puritanismo y otros ensayos*. Ediciones Antorcha.
- Gómez Suárez, Águeda y Verdugo Matés, Rosa María. 2015. “La prostitución femenina en España. Construyendo un perfil del cliente”, *Papeles de población*. Volumen 21, Nº 86. (9-39).
- Guasch, Óscar y Osborne, Raquel. 2003. *Sociología de la sexualidad*. Madrid: Centro de investigaciones sociológicas.
- Heim, Daniela. 2006. *La prostitución a debate: el abolicionismo desde la perspectiva de la defensa de los derechos de las trabajadoras sexuales*.  
[http://www.milenta.org/datos/2351/la\\_prostitucion\\_a\\_debate\\_article\\_de\\_danie\\_7645.pdf](http://www.milenta.org/datos/2351/la_prostitucion_a_debate_article_de_danie_7645.pdf)
- Iglesias Skulj, Agustina. 2012. “La prostitución y el trabajo sexual: las relaciones entre sexualidad y género”, en Villacampa, Carolina. *Prostitución: ¿hacia la legalización?* Valencia. Tirant lo Blanch, pp. 55-76.
- Ingeborg, Kraus. 2016. *La prostitución es incompatible con la igualdad entre hombres y mujeres*. Madrid. Caum.
- Irigaray, Luce, 1982. “Cosi fan tutti”, añade: en Irigaray, Luce, *Ese sexo que no es uno*, Madrid, Saltés.
- Jiménez, Miguel. 1994. *Sexo y bien común. Notas para la historia de la prostitución en España*. Cuenca. Instituto Ayuntamiento de Cuenca. Instituto Juan de Valdés.
- Juliano, Dolores. 2005. *Altres dones*. Barcelona. Institut Català de les Dones.
- Juliano, Dolores. 2004. *Excluidas y marginales: una aproximación antropológica*. Madrid. Cátedra.
- Juliano, Dolores. 2002. *La prostitución: el espejo oscuro*. Barcelona. Icaria
- Lagarde, Marcela. 1990 *Identidad femenina*.  
[https://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/purificacion\\_mayobre/identidad.pdf](https://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/purificacion_mayobre/identidad.pdf)
- Lanas M. 2005. “La condición sexual de la violencia: un abordaje conceptual desde la sociología” en M.J Roríguez, *El feminismo pro sexo o anti censura: una lectura sociológica*. Anuario de sexología. AENPS.

Juliano, Dolores, “*Cultura y sexualidad*” en Garaizábal, Cristina. 2011. *Cuerpos políticos y agencias. Reflexiones feministas sobre cuerpo, trabajo y colonialidad*. Granada. Editorial Universidad de Granada.  
<https://www.redalyc.org/pdf/377/37711290001.pdf>

Kappler. Karolin Eva. 2012. “Entre dramatismo y el punto ciego: perspectivas sociológicas sobre la prostitución en España”, en Villacampa, Carolina. *Prostitución: ¿hacia la legalización?* Valencia. Tirant lo Blanch.

Lamas, Marta. 2000. “Diferencias de sexo, género y diferencia sexual”. *Cuicuilco*. Escuela Nacional de Antropología e Historia. Vol. 7, núm. 18. México.

MacKinnon Catharine. 1989. *Hacia una teoría feminista del Estado*. Estados Unidos. Harvard University Press.

MacKinnon Catharine. 2014. *Feminismo inmodificado: Discursos sobre la vida y el derecho*. Argentina. Siglo XXI.

Martos, J. Francisco. 2002. *Sexo y ritual: la prostitución sagrada en la antigua Grecia*.  
<http://webpersonal.uma.es/~jfmartos/pdf/hierodulia.pdf>

Matesanz, Agripino. 2006. *Mito sexuales de la masculinidad*. Madrid. Biblioteca Nueva.

Millett, Kate. 2018. *Política sexual*. Madrid. Cátedra.

Osborne, Raquel. 1991. *Las prostitutas: una voz propia (Crónica de un encuentro)*. Barcelona: Icaria.

Osborne, Raquel. 2004. *Trabajador@s del sexo. Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI*. Barcelona. Edicions Bellaterra.

Parrondo, Eva. 2009. “Lo personal es político”. Trama y fondo, revista de cultura, nº 26. (105-110)

Pateman, Carole. 1995. *El contrato sexual*. Anthropos Editorial.

Pateman, Carole. 1991. *Críticas feministas a la dicotomía público/privado*. Barcelona. Paidós.

Pérez, Szil. 2004. *Los hombres, la pornografía y la prostitución*. Madrid.

[http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material\\_masculinidades\\_0363.pdf](http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0363.pdf)

Pheterson, Gail. 2000. *El prisma de la prostitución*. Madrid. Cátedra.

Pons i Antón, Ignasi. 2013. “Condiciones básicas para debatir sobre la legalización” en Villacampa, Carolina, *Prostitución, ¿hacia la legalización?* Valencia: Tirant lo Blanch. (41-54).

Puleo, Alicia. “Lo personal es político: el surgimiento del feminismo radical.” [http://webfacil.tinet.cat/usuarios/ronafo/Alicia H. Puleo El surgimiento del feminismo radical con notas 20151107001436.pdf](http://webfacil.tinet.cat/usuarios/ronafo/Alicia_H._Puleo_El_surgimiento_del_feminismo_radical_con_notas_20151107001436.pdf)

Ranea, Beatriz. 2014. “La demanda en disputa: la masculinidad hegemónica y la prostitución femenina”. Universidad Complutense de Madrid. En, De Vera, Violeta. 2014. *Investigación en temáticas de género*. Universidad Autónoma de Madrid. <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/40552>

Rubin, Gayle, 1989. “Reflexionando sobre el sexo. Notas para una teoría radical de la sexualidad” en Vance, Carole *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Talasa Ediciones.

Rubin, Gayle. 1986. “El tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política” del sexo”. México. *Revista nueva antropología*.

Sabsay, Leticia. 2009. *Las normas del deseo. Imaginario sexual y comunicación*. Madrid. Cátedra.

Serra Cristóbal, Rosario. 2007. *Prostitución y trata: marco jurídico y régimen de derechos*. Valencia. Tirant lo Blanch.

Tapia Rodríguez, Javier. 2010. *Lo que queda en el armario: las condiciones de la voluntariedad en la prostitución femenina*. Tesis doctoral. Ignasi María Pons i Antón (dir.). Universitat de Barcelona.

Vance, Carole. 1989. *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid. Talasa Ediciones.

Villa, Elvira. 2010. *Estudio antropológico en torno a la prostitución*. Universidad Rovira i Virgili de Tarragona.

Villalba, Verónica. 2000. *Naturalización y renaturalización de las mujeres. Cuerpos, sexualidad y deseo*. Madrid. Instituto Complutense de estudios internacionales. <http://www.scielo.org.mx/pdf/cuicui/v17n49/v17n49a9.pdf>

Wittig, Monique. 2006. *El pensamiento heterosexual*. Madrid. Madrid, Egales.

## Enlaces

<https://nuso.org/articulo/la-prostitucion-debates-politicos-y-eticos/>

<http://www.muheresenred.net/spip.php?article638>

<https://www.elsaltodiario.com/feminismos/un-falso-dilema-el-debate-entre-abolicionismo-y-regulacionismo-que-nos-debilta-como-8m->

<https://www.redalyc.org/jatsRepo/5123/512354315008/html/index.html>

<https://www.youtube.com/watch?v=K4B81hLHPwg>

<https://www.youtube.com/watch?v=-Jsm-7tK5ow>

[https://www.youtube.com/watch?v=AxTkRT8M8\\_0&t=3125s](https://www.youtube.com/watch?v=AxTkRT8M8_0&t=3125s)

<http://szil.info/es/system/files/document/101-hombres-pornografia-prostitucion.pdf>

Curso: los hombres, la pornografía y la prostitución